

Mi voz, mi historia



Agradecimientos

“Con agradecimiento especial a las mujeres y los niños y niñas que fueron parte del proceso. Sus historias nos permitieron entender el dolor de las violencias vividas pero al mismo tiempo nos mostraron que es posible a través de la palabra recuperar la voz, sanar, soñar, creer, ser.”

Créditos

©Universidad de Cuenca

©Club Rotario

Autores:

Mg. Xiomar Ortiz Vivar

Ps. Soledad Suárez Granda

Universidad de Cuenca

Ing. Pablo Vanegas, Phd

Rector

Club Rotario Cuenca

Ing. Javier Ordoñez Arizaga

Presidente

Fundación María Amor

Mg. Blanca Pacheco

Directora

Gracias a:



UNIVERSIDAD DE CUENCA
Facultad de Psicología

Fundación
Casa de Acogida



Equipo de Trabajo:

Lcda. Gabriela Alvarado Baccetti - Club Rotario

Mg. Blanca Pacheco - Fundación María Amor

Mg. Xiomar Ortiz Vivar - Universidad de Cuenca

Ps. Soledad Suárez Granda - Universidad de Cuenca

Diseño y Diagramación: Dis. Paco René Suárez

Ilustración: Agustin Butti

Derechos de Autor:

ISBN:

Índice

Presentación.....	9
Recuperando mi voz:	
Acompañamiento a mujeres, sus hijos e hijas.....	12

TESTIMONIOS DE MUJERES

Con mi hija, no.....	35
Cuando el dolor empieza en casa.....	38
Todo por mis hijos.....	40
Reinventando.....	42
La mujer “problema”.....	44
La fuerza del verdadero amor.....	46
Recaídas.....	49
Ser mujer en tiempo de la migración.....	51
Cambiar de vida.....	53
Camila, inocencia y valentía.....	55
Lo que no me mata me hace más fuerte.....	61

CUENTOS DE NIÑOS Y NIÑAS

Ana y el zorro.....	69
La melena del león.....	71
Los poderes de Elsa.....	73
La rosa y la niña.....	75
El sapo azul.....	77
Moana y Sammy.....	79
Los hermanos sapos.....	81
La fórmula de la felicidad.....	83
El encuentro de Nakelt.....	84
La chica, su padre y el príncipe.....	86
La oveja y el gato.....	88

Si eres una mujer fuerte
tienes que saber que el aire que te nutre
acarrea también parásitos, moscardones,
menudos insectos que buscarán alojarse en
tu sangre
y nutrirse de cuanto es sólido y grande en ti.
No pierdas la compasión, pero témele a
cuanto conduzca
a negarte la palabra, a esconder quién eres,
lo que te obligue a ablandarte
y te prometa un reino terrestre a cambio
de la sonrisa complaciente.
Si eres una mujer fuerte,
prepárate para la batalla:
aprende a estar sola
a dormir en la más absoluta oscuridad sin
miedo,
a que nadie te tire sogas cuando ruja la
tormenta,
a nadar contra corriente.
Entrénate en los oficios de la reflexión y el
intelecto.
Lee, hazte el amor a ti misma, construye tu
castillo,
rodéalo de fosos profundos,
sin olvidar anchas puertas y ventanas.
Es menester que cultives enormes amistades
que quienes te rodeen y quieran, sepan lo
que eres;
que te hagas un círculo de hogueras
y enciendas en el centro de tu habitación
una estufa siempre ardiente
donde se mantenga el hervor de tus sueños.
Si eres una mujer fuerte

protégete con historias y árboles,
con recetas antiguas de cantos y
encantamientos.
Has de saber que eres un campo magnético
hacia el que viajarán aullando clavos
herrumbrados
y el óxido mortal de todos los naufragios.
Ampara.
Pero ampárate primero.
Guarda las distancias.
Constrúyete. Cuídate.
Atesora tu poder.
Defiéndelo.
Hazlo por ti.
Te lo pido en nombre de todas nosotras.

GIOCONDA BELL

Presentación

En Ecuador y en la ciudad de Cuenca continúan escuchándose a diario testimonios desgarradores de mujeres que han experimentado violencia simplemente por el hecho de ser mujeres, y esto pese a las políticas del Estado, a los decretos ejecutivos, a los planes cantonales, a los proyectos y programas instaurados para prevenir y castigar a sus agresores. No obstante, este problema social, que de muchas formas ha desbordado el control de los entes administrativos y los diversos esfuerzos privados, no puede ni debe permanecer irresoluto, pues el anhelo de una sociedad justa, equitativa y pacífica no puede claudicar. Entonces hay que seguir bregando. Este libro da cuenta precisamente de ese afán, quizá en uno de sus puntos más neurálgicos, cuando el daño ya ha sido causado.

La Casa de acogida María Amor se erigió en Cuenca en 2004 con la responsabilidad de brindar cobijo a las mujeres e hijos víctimas de la violencia, al tiempo que les ofrece elementos

para curar el dolor y recuperar su vida: asesoría legal, atención psicológica, atención médica, seguridad y, sobre todo, afecto. Otro punto de su misión es “difundir el problema social de la violencia con el fin de promover conciencia, sensibilidad y responsabilidad tanto de la ciudadanía como de los gobiernos locales”, lo que, en definitiva y como reza su visión, implica “aportar a la construcción de una nueva cultura de género basada en una ética de convivencia social, justa, solidaria y democrática”.

La Casa funciona gracias a un esfuerzo colectivo. Instituciones públicas, como el Gobierno Municipal, e instituciones privadas, como el Club Rotario de Cuenca, han apoyado desde diversas aristas el accionar del personal que tiene a cargo el albergue. En tal sentido, la Universidad de Cuenca y la Facultad de Psicología, con su escuela de Psicología social y el programa de Vinculación con la colectividad, se han convertido en un pilar de apoyo de enorme significancia para

sostener los objetivos trazados. En el periodo marzo 2019–febrero 2020, 22 estudiantes de Psicología Social, con una modalidad extensiva y durante varios días a la semana, apoyaron el proceso de recuperación de 35 mujeres víctimas de la violencia y de 60 niños acogidos en la Casa Nina Huasi de la Fundación.

El texto que prosigue es un testimonio de esa labor conjunta con mujeres agredidas para lograr que se reconozcan sus capacidades y puedan tomar decisiones sobre su propia vida, valorarse a sí mismas, tener confianza y seguridad, perder los miedos, ejercer sus derechos, participar y tomar decisiones que aporten en los procesos de superación de conflictos ya sean personales o grupales. Consiste en una compilación de nueve testimonios de mujeres violentadas y once cuentos adaptados de las versiones que propusieron los niños albergados. En todos los casos, evitamos los nombres verdaderos de las víctimas bajo el supuesto ético de la confidencialidad de la información, y en todos los casos

intentamos mantener las palabras que las mujeres usaron en sus relatos, salvo cuando el mensaje debía esclarecerse. Fueron recopilados en ese año de intervención por los estudiantes de la Universidad de Cuenca mediante algunas de las actividades de terapia efectuadas con las mujeres en los denominados grupos de apoyo. Su concreción significó para muchas de las acogidas una verdadera tarea catártica así como un medio para expresar su agradecimiento con la casa y las personas del equipo de apoyo.

Los testimonios exhiben la dolorosa experiencia vivida por las mujeres violentadas, algunos antecedentes que explican su situación y el proceso de recuperación que vivieron en la Casa María Amor hasta conseguir su empoderamiento. Todos ellos ponen de manifiesto cómo la violencia de género que carcome a nuestra sociedad se afianza justamente en los espacios más cercanos que rodean a una mujer, y nos dejan ver cuán necesario son espacios como los

albergues para que las afectadas puedan encontrar el empuje para escapar de los grilletes de la violencia. Ellas fueron guiadas por otras mujeres con similares experiencias o por otras personas conocedoras del enorme impacto que ejercen estos espacios.

Por su lado, los cuentos, que emergieron en el seno de actividades de apoyo para los niños, dan cuenta de la creatividad de los pequeños y cómo son tan protagonistas como sus madres de semejante problema social. En ellos se destaca la mirada del mundo que han configurado luego de sus experiencias de dolor, y se perciben los sentimientos que los embargan. Hay cuentos que hablan de animales (leones, sapos), de flores que hablan, de seres mágicos (elfos) y de personas normales; son cuentos que dejen entrever la pérdida y recuperación de la autoestima, experiencias de motivación y apoyo. Se trata, en definitiva, de experiencias cotidianas de los niños convertidas en historias.

La lectura de ambos textos, sin duda, concienciará a la población sobre las raíces de este magno problema social, y es posible que muchas mujeres que atraviesan situaciones igualmente violentas encuentren en los testimonios la información y el ejemplo que requieren para reinventar su vida. Y nos dejan ver que, por encima de cualquier dolor, siempre habrá un tibio haz de luz que puede iluminar incluso las sendas más brumosas.

Desde la Casa María Amor y desde la Universidad de Cuenca creemos que el valor de las mujeres para huir y recuperarse y que la inocencia y actitud del niño para seguir creyendo y sentirse libre para crear suponen un motivo de orgullo, esperanza y optimismo. Hay orgullo por la labor cumplida; hay esperanza porque madres y niños recuperados cierran círculos de violencia; y hay optimismo porque nos enseñan que, después de todo, aún se puede sembrar vida y alegría cuando todo lo demás ha fallado.

RECUPERANDO MI VOZ: ACOMPañAMIENTO A MUJERES, SUS HIJOS E HIJAS

Xiomar Ortiz y Soledad Suárez
Universidad de Cuenca

La violencia contra las mujeres es la violencia de una sociedad jerárquica, autoritaria, sexista, impersonal e insensata, proyectada a través de un hombre individual hacia una mujer individual.

MICHAEL KAUFFMAN

Violencia de género

En el 2019 en Ecuador, según la Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres (ENVIGMU) (INEC, 2019), 65 de cada 100 mujeres han experimentado algún tipo de violencia —psicológica, sexual, económica, física, gineco-obstétrica— a lo largo de su vida; 41 entre 18 y 29 años de cada 100 lo han experimentado en los últimos 12 meses; 66 de cada 100 mujeres de estado conyugal divorciadas, separadas y viudas han experimentado algún tipo de violencia

por parte de su pareja a lo largo de su vida. Azuay es la provincia en la que más se declaran hechos de violencia: el 79,2 % de mujeres ha sufrido algún tipo de violencia a lo largo de su vida, el 46,2 % en los últimos doce meses; un 40,2 % afirmó haber sufrido violencia en su entorno social y el 28,3 % en sus propias familias. La provincia se ubica en el segundo puesto en casos de violencia en el ámbito educativo con una prevalencia del 27,7 %, en el cuarto lugar en cuanto al acoso y violencia en el ámbito laboral, con un 25,3 % de registros, y en cuanto a la violencia por su pareja, el 52,7 %.

Aunque en diferentes márgenes, el problema de la violencia de género se extiende por el mundo entero, pues no existe ninguna región del mundo, país o cultura que haya logrado exterminarlo, y afecta al margen de

la raza, clase, religión o grupo social al que se filien las mujeres. Lo que las cifras precedentes demuestran es que, en nuestro país y mucho más en nuestra provincia, este problema social alcanza umbrales de tal dimensión que prácticamente podríamos decir que cerca del 70 % de mujeres que nos rodean ha sido vulnerada de alguna manera, lo que equivale a señalar que su derecho humano fundamental a vivir una vida libre de violencia, derecho proclamado por la ONU en la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer (ONU, 2006), se trasgrede de manera asombrosa. Se entiende como ‘violencia contra la mujer’ todo acto dirigido al sexo femenino cuyo resultado sea un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico, así como las amenazas de violencia, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada. Por sus implicaciones, esta violencia se ha catalogado como una forma de discriminación por motivos de género (ONU, 1996). Puede ser ejercida por una persona, una

institución o una situación estructural (Falconí Abad, 2015), y se manifiesta de diversas formas (violencia física, sexual, psicológica, económica, gineco-obstétrica), lo que se traduce en el maltrato, violación, explotación sexual, trata de personas, pornografía, turismo sexual, incluso el asesinato (femicidio) que sufren las mujeres por su condición de ser mujer. Se trata, como se palpa, de un problema social, de salud pública, de educación y de derechos humanos.

Lo más lamentable de esta realidad es que la violencia de género suele ser propinada, a menudo, por personas cercanas al entorno de la mujer, principalmente el esposo, compañeros íntimos o padres, lo que nos lleva a inferir que están emocionalmente involucradas con sus agresores e incluso dependen económicamente de ellos. Y otra cuestión lamentable es que la violencia no siempre se expresa en forma directa o evidente, sino que «se camufla de varias maneras, existen violencias sutiles que se ejercen a nombre de ‘buscar el bien del otro’ o incluso a nombre del ‘amor’» (Falconí

Abad, 2015, p. 15). Existen factores y contextos que se asocian a un mayor riesgo de violencia contra la mujer, de ahí que se evidencien diferencias ostensibles al respecto entre regiones o incluso dentro de un mismo país. Entre estos factores podemos citar ciertos entornos rurales, el bajo nivel educativo del agresor, el hecho de haber sido testigo de violencia intrafamiliar en la niñez, el consumo nocivo de alcohol. El elemento determinante, no obstante, hunde sus raíces en el pensamiento patriarcal.

La violencia de género constituye un problema social de gran envergadura debido a las consecuencias que produce, pues no solo afecta a la mujer víctima, sino también a sus hijos, a la familia, al Estado y a toda la sociedad. La mujer violentada puede experimentar a corto, mediano y largo plazo alteraciones en su bienestar físico (lesiones, dolores crónicos), en su estado sexual, reproductivo (embarazo no deseado, aborto, infecciones de transmisión sexual), problemas psicológicos (depresión, ansiedad,

trastorno de estrés postraumático, quejas somáticas, ideación suicida, baja autoestima y falta de apoyo social), en comparación con las del grupo de no víctimas (Lara Caba, 2019). A lo anterior se suman comportamientos de alto riesgo como el tabaquismo, el consumo habitual de alcohol y de drogas y una conducta sexual irresponsable, significativamente más frecuentes en las personas que han sido víctimas de la violencia infligida por la pareja o de la violencia sexual (OMS, 2011). El agravante es que varios de estos efectos podrían persistir en la mujer mucho tiempo después de que acaba la violencia y que podrían extenderse a sus hijos.

A nivel social, podría producirse la separación de los niños de sus familias, que los niños o la madre no puedan acceder a la educación, o que las mujeres violentadas obtengan empleos de baja condición. La feminidad, como subordinación, también limita de alguna manera el desenvolvimiento pleno de las mujeres, limita la posibilidad de escoger su

apariciencia, comportamiento y manera de vivir (Sojo-Mora, 2020). De igual manera, habría que poner de relieve el costo de los servicios realizados por las personas, los Gobiernos o instituciones para dar tratamiento y apoyo a las víctimas/sobrevivientes y llevar a los autores ante la justicia. Los servicios comprenden el sistema de justicia penal (policía, fiscalías, prisiones), los servicios de salud, la vivienda (albergues, refugios y realojamiento), los servicios sociales (para el cuidado de los niños) u otras instancias de apoyo (líneas telefónicas, asesoramiento, ayuda económica).

Al reconocer las vastas consecuencias del problema, diversas instituciones y políticas gubernamentales han aprobado leyes para castigar los actos violentos, han formulado estrategias para evitar la violencia, y a la par han puesto a disposición una amplia gama de servicios jurídicos, sanitarios y programas sociales para amparar a las mujeres maltratadas. Entre las estrategias de prevención empleadas se incluyen campañas en los medios

de comunicación y enfoques comunitarios para cambiar las normas desiguales de género, estrategias para el empoderamiento económico de las mujeres, programas en las escuelas para prevenir la violencia en las citas amorosas, estudios sobre las causas y consecuencias de la violencia contra la mujer y la eficacia de las medidas de prevención. Otra forma de encarar el asunto consiste en ayudar a las sobrevivientes de la violencia, lo que supone capacitar a prestadores de servicios de salud, a trabajadores sociales y a los asesores jurídicos para que de ese modo puedan apoyar las necesidades inmediatas de las mujeres víctimas de la violencia o endurecer las sanciones contra los agresores.

Pese a estos esfuerzos, no se ha podido erradicar significativamente la violencia. Se pueden aducir varias razones. La primera, sin duda, son las normas sociales o culturales y los discursos de poder desde la política, ciencia, religión, deporte y medios de comunicación que han construido o

mantenido relaciones históricamente desiguales entre el hombre y la mujer, que han conducido a la dominación y discriminación de la mujer por parte del hombre, por los roles de género jerárquicos y rígidos que asocian a la masculinidad con la dominación, con derechos en materia sexual, la rudeza y la autoridad de los hombres en el hogar (Jaramillo Bolívar y Canaval-Erazo, 2020; Pérez, 2018; Sojo Mora, 2020). En tal contexto, emergen ideas de virilidad vinculadas con el dominio o el «disciplinamiento» de las mujeres, tanto que en las sociedades donde la ideología de la superioridad masculina está muy arraigada la violación es más frecuente (OMS, 2011).

Esta misma dominación ocurre cuando el hombre infunde temor a la mujer decidida a la denuncia al proferirle amenazas, lo que a su vez supondría una revictimización de la mujer y daría pie a sentimientos como vergüenza, culpabilización y miedo a las consecuencias y amenazas. En otras ocasiones, la denuncia se evita, y las lesiones y otros problemas

derivados reciben autotratamiento o atención primaria, lo que invisibiliza toda el sistema opresor que se aloja detrás (OMS, 2011).

En este mismo sentido, habría que remarcar que la violencia de género está afectada por la normalización y naturalización del fenómeno, un obstáculo para aproximarse a su existencia y magnitud (Evangelista García, 2019). Un par de datos permiten ejemplificarlo: en Ecuador, el 27 % de las mujeres cree que una buena esposa debe obedecer a su marido en todo lo que él ordene, 45 % piensa que las mujeres deben ser las responsables de las tareas de la casa, cuidado de los hijos, de las personas enfermas y ancianas, y el 57 % está convencida de que las mujeres deben actuar y vestirse recatadamente para no provocar a los hombres (INEC, 2019). En México, de acuerdo con un estudio que cita Evangelista García (2019), un 54 % de las mujeres entre 15 y 19 años no denuncia la violencia porque considera «que se trató de algo sin importancia, que

no la afectó» (52 %) y «porque estas eran/son las costumbres» (1,9 %), y mostró que abundan los testimonios de mujeres universitarias que ponen especial atención a su vestimenta para protegerse del acoso masculino en los sitios en los que llevan a cabo las actividades de vinculación comunitaria. Sojo Mora (2020) llegó a demostrar, mediante un estudio concreto aplicado a 14 mujeres, que ellas piensan la feminidad desde el estereotipo de la docilidad, sumisión y obediencia, con cuerpos y mentes disciplinados ante el patriarcado. Las mujeres se preocupan ante el posible incumplimiento del ideal, lo que les genera temor al señalamiento, crítica, anulación, rechazo, discriminación o exclusión, un miedo a perder el lugar en el género femenino y a ser descalificadas. Falconí Abad (2015) añade a esto la alabanza social al sufrimiento y sacrificio de la mujer, la influencia del entorno social y familiar que promulga mantener el matrimonio a toda costa, o el temor que experimentan ciertas mujeres a que sus hijos crezcan sin la figura

paterna si optaran por abandonar a su agresor.

La segunda razón es el sistema jurídico. En muchos lugares el sistema legal tolera o incluso aprueba que los hombres usen la violencia contra las mujeres en diversas circunstancias. Y ocurre que no todos los países cuentan con leyes de gran alcance, con una definición amplia de violación, que algunas legislaciones excluyen ciertas formas o ámbitos de violencia o no establecen graves sanciones contra los culpables. Salazar Ponce (2018) observa limitaciones de la institucionalidad legal para sancionar la violencia contra las mujeres, es decir, definiciones poco precisas sobre la violencia, a lo que se suma la insuficiencia de los recursos asignados, y la insuficiente capacitación de las personas que operan el sistema, por ejemplo, lo explica Sernam, citado por Salazar Ponce (2018), la debilidad para redactar un parte con detalle y bien informado y que incluya la recomendación de cautelares, falta de recursos para realizar los informes

psicológicos requeridos por jueces para los procesos. Todo ello ha generado gran impunidad.

Una siguiente razón es que los esfuerzos preventivos, sancionadores y los servicios dirigidos a sobrevivientes no siempre se basan en datos científicos o solo se fundamentan en resultados que provienen de países con altos ingresos. Ciertamente, la evidencia científica sobre el problema en sus diversas aristas y las estrategias de solución muestran resultados alentadores, pero también parciales o poco contundentes. Una razón para ello es la compleja variedad de factores que podrían propiciar la violencia, allí están, por ejemplo, determinantes sociales como la disparidad económica, el maltrato infantil que recibió el agresor, comportamientos problemáticos como el consumo excesivo de alcohol; sin embargo, ignoramos la incidencia conjunta o parcial de estos factores que no actúan en la misma dimensión en todos los espacios. Así, en el caso del alcohol, los estudios revelan que no

todos los que beben corren el riesgo de cometer actos de violencia y que la violencia de pareja y la violencia sexual pueden ocurrir en tasas elevadas aun en culturas donde es tabú el consumo de alcohol (OMS, 2011).

Ecuador y la violencia de género: avances y desafíos

Volvamos a los datos con los que abrimos este texto. Si el problema de la violencia de género acarrea una vastedad de problemas para la mujer y la sociedad en general, y si la esta violencia alcanza cifras elevadas en el país, es lícito preguntar cómo estamos actuando como nación para resolver este drama social tan lacerante. Iniciemos reconociendo los esfuerzos.

En 2007 el Estado ecuatoriano promulgó el Decreto Ejecutivo 620 que declaró como parte de su política la erradicación de la violencia de género. El nuevo Código Integral Penal (COIP) incluyó en el 2014 el delito de femicidio en el artículo 141 y se crearon 80 juzgados de violencia intrafamiliar.

Existe también un protocolo de actuación perfectamente definido para afrontar casos de violencia. Las denuncias presentadas a la Fiscalía, las unidades judiciales especializadas o a las juntas de protección cantonal de derechos se remiten a una de las 46 oficinas del Servicio de Atención Integral (SPI) de las que dispone el país. Estas instituciones trabajan con un equipo mínimo de tres profesionales: un trabajador social, un abogado y un psicólogo quienes procuran una solución integral al problema.

A la par, se han lanzado algunos proyectos y campañas de prevención primaria (evitar actos de violencia) y secundaria (brindar atención inmediata luego de que la violencia haya ocurrido) a fin de limitar su extensión y sus consecuencias. Como muestras están el «Plan Nacional de Erradicación de la Violencia de Género», en 2007, como parte del decreto ejecutivo mencionado. A ese plan le siguió la campaña «Ecuador actúa ya. Violencia de género no más», primera y segunda etapa, puesta en

marcha para comunicar y sensibilizar sobre la violencia de género y para transformar la cultura social actual que minimiza a la mujer frente al hombre. En 2013 se inició el plan «Reacciona Ecuador, el machismo es violencia». Otra campaña fue ejecutada por Consejo Nacional para la Igualdad de Género y el apoyo de la ONU «De un paso por la igualdad: pare la violencia contra la mujer», como parte de la campaña ÚNETE, auspiciada por el Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-Moon, cuya meta fue poner fin a la violencia contra las mujeres y niñas. La ciudad de Cuenca, por su lado, dispone de un «Plan Cantonal para erradicar la violencia de género contra las mujeres 2010-2020», cuya intención es impulsar y aplicar mecanismos para disminuir y erradicar esta violencia en todo su ciclo vital. En 2019, en la misma ciudad se puso en marcha la campaña «Para enfrentar la violencia no estamos solas», que pretendía contribuir a la prevención del femicidio en el cantón y acompañar a las sobrevivientes de la violencia en la familia.

Sin embargo, los niveles de violencia que exhibe el país siguen alcanzando porcentajes escandalosos, lo que puede explicarse por varias razones. Por un lado, el Estado se ha mostrado dubitativo en el momento de institucionalizar a los entes que ha dispuesto para tratar el asunto. Como muestra, cuando se creó en 2009 el Servicio Especializado de Protección Especial (SEPE), fue manejado por el Ministerio de Inclusión Económica y Social (MIES). Después pasó al Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Cultos. Cuando este último se fraccionó en 2018 y el área de Derechos Humanos se transformó en una Secretaría, el Servicio recibió un nuevo nombre, Servicio de Atención Integral (SPI), y pasó a las órdenes de la Secretaría aludida.

Por otro lado está la asignación de recursos. El último día de 2019, fue despedida la mitad de los psicólogos, abogados y trabajadores sociales que brindaban sus servicios en el SEPE. A ello se agrega los retrasos en la llegada de los recursos económicos,

un presupuesto mal definido, y políticas poco claras para asignar esos recursos. En ese panorama y ante la inquietud de la población, las instancias pertinentes llegaron a afirmar que el 70 % de los despidos mencionados iba a ser reintegrado, pero otras instancias daban cuenta de otros porcentajes (Castro, 2020). Para rematar, los centros del SPI, como informa Castro (2020) al carecer de personal no atendieron como deberían los primeros 20 días de enero de 2020, pero eso no pareció preocupar a las autoridades, un funcionario adujo que: «Enero era un mes de muy baja atención», como si la violencia de género ocurriera por temporadas. De igual modo, se debe mencionar que las estrategias integrales de atención no han sido precisamente exitosas (Castro, 2020) y que buena parte de los proyectos y planes han repetido los problemas vislumbrados en el resto de países: no todos cuentan con mecanismos eficientes de evaluación. A la par, carecemos de estudios concretos sobre las diversas aristas que componen el problema, así

como de estudios más englobantes que incorporen a las distintas culturas locales, incluso escasean investigaciones transdisciplinarias que no solo identifiquen causas, sino que también apunten soluciones comprobadas.

Finalmente, hemos desoído las conclusiones de estudios realizados en otros contextos que han advertido que los programas de sensibilización y conocimientos en materia de violencia adolecen de varios problemas. Así, podemos citar el estudio de Colás Bravo y Quintero Rodríguez (2020) que demostró que una campaña concreta contra violencia de género dirigida a adolescentes argentinos, en un intento de comprometer a la audiencia masculina, exhibía diferencias realmente significativas entre cómo sienten el mensaje los hombres y mujeres en cuanto a movilización de emociones y a la activación de una intencionalidad de conducta, constructos de naturaleza psicológica que inciden en los comportamientos de las personas: los primeros se muestran

poco involucrados, ellas altamente involucradas. Asimismo, los autores critican que en diversas propuestas de sensibilización prime una mirada asistencial y protectora, más paliativa que preventiva, que dista de mostrar nuevos enfoques y empoderar a la mujer. Gámez Fuentes y Gómez Nicolau (2017) se suman a estas críticas. En su análisis sobre los discursos posibles que testimonian la violencia, critican los posicionamientos que hacen gala de una mujer-víctima más que de una mujer-agente, que se las presente en su cuerpo para visibilizar las consecuencias del maltrato, pero que asoman desprovistas de la autonomía necesaria para empoderarse. Otra alerta proviene de Asmar Moreno (2018) quien llamó la atención sobre los riesgos de las campañas virtuales dirigidas a los hombres, pues parecerían decirles: No hace falta que habléis vos, hablamos nosotros por vos, nos hacemos cargo de tu cobardía, y lo único que se les pediría como acción es compartir el video. Y cuestiona los altos niveles de notoriedad de un mensaje dicho por

hombres, cuando la consigna ha sido mil veces repetida por las mujeres.

Una iniciativa que sí ha despuntado, con una evaluación que muestra ostensiblemente sus beneficios, es un proyecto de prevención terciaria, es decir, aquel que ofrece atención y apoyo a largo plazo a las mujeres que han sufrido actos de violencia. El proyecto se emprendió en la provincia del Azuay que, como advertimos, se ubica en los umbrales más altos de casos de mujeres violentadas. Se trató de una iniciativa conjunta entre la Fundación María Amor —una organización que atiende a mujeres en situación de violencia a las que acoge—, la Facultad de Psicología de la Universidad de Cuenca a través de la Coordinación de Vinculación con la Sociedad (con un amplio protagonismo de los estudiantes de Psicología social) y el Club Rotario Tomebamba Cuenca, comprometido siempre con los problemas que enfrenta la ciudad.

Proyecto «Juntas contra la violencia de género»

El proyecto «Juntas contra la violencia» pretende lograr el empoderamiento político y económico de las mujeres violentadas y de sus hijos con el fin de que consigan superar su posición subordinada en la sociedad y los efectos devenidos de la situación violenta que debieron atravesar. Para canalizar esta ambición su objetivo primordial fue mejorar el estado emocional de las mujeres e hijos que se encuentran acogidos en la Fundación María Amor por situaciones de violencia. Asimismo, pretendió conformar un grupo de apoyo con mujeres víctimas de violencia, proporcionar acompañamiento psicosocial especializado a esas mujeres y desarrollar un proceso de intervención psicosocial con los hijos de estas mujeres. En este sentido, se alinea con algunos de los principios

claves para este tipo de intervenciones propuestos por la OMS (2011):

- Promover el bienestar y la seguridad física y económica de las víctimas/sobrevivientes y permitir que las mujeres se sobrepongan a las múltiples consecuencias de la violencia y recompongan sus vidas.

- Garantizar que las víctimas/sobrevivientes tengan acceso a servicios adecuados y dispongan de diversas opciones de apoyo que tengan en cuenta las necesidades particulares de acceso de las mujeres que sufren una discriminación múltiple.

- Garantizar que los prestadores de servicios estén capacitados y sensibilizados respecto de las cuestiones de género, que reciban una formación permanente y realicen su trabajo de conformidad con directrices, protocolos y códigos éticos claros y, dentro de lo posible, cuenten con personal femenino.

- Monitorear y evaluar los servicios prestados.

El proyecto aunó a mujeres de diversas edades, diversos niveles de educación o condición socioeconómica, y no se les exigió cumplir ningún requisito previo, más que el de su voluntad de participar

en el grupo. Se concretó durante un año, durante dos ciclos lectivos: marzo-agosto 2019, septiembre 2019-febrero 2020, y se desarrolló con una modalidad extensiva, varios días a la semana durante todo el año. Apoyaron en el proceso 20 estudiantes de Psicología Social de la Universidad de Cuenca, del ciclo lectivo marzo-agosto 2019 atendiendo a 15 mujeres y 30 Niños, Niñas y Adolescentes (NNA), y 7 estudiantes en el ciclo septiembre 2019-febrero 2020, cuando se atendió a 20 mujeres y 30 NNA.

Proceso de intervención

El fin último de un proceso de intervención, en palabras de Falconí Abad (2015), es que la mujer violentada se sobreponga del dolor emocional, circunstancias traumáticas o adversas vividas y que recupere sus ganas de ser y de vivir, hasta avanzar a ayudar a otras mujeres que afrontan similares situaciones. El tratamiento, continuando con la autora, incluye dos dimensiones: el ámbito personal y el social. En el primer caso, la meta es transformar internamente a la mujer, de

modo que genere relaciones basadas en la armonía. En esta dimensión se lleva a cabo un breve acercamiento a la autoestima, considerada la base de esta dimensión, y por su intermedio «la mujer se reconoce a sí misma, evalúa sus aspectos positivos y negativos, fortalece los positivos y transforma aquellos que la han hecho sentir disminuida en distintos aspectos» (Martínez Milson, 2019, pp. 53–54). En el segundo ámbito, el afán es cambiar los patrones socioculturales que sustentan y justifican la violencia, lo que para la mujer implica plantearse nuevas maneras de relacionarse con las personas, basadas en la equidad de género y en el respeto a la diversidad, construirse a sí mismas como mujeres conscientes de sus derechos y conocedoras de las instancias a las que pueden acudir para recibir apoyo.

El proceso de empoderamiento no se conduce fácilmente, simplemente identificando las causas de la subordinación y eliminándolas. En realidad es un proceso complejo que comporta costos personales

transcendentales porque implica que una mujer rompe la norma, se revela, pasa a ser diferente (Martínez Milson, 2019). Por tanto, volviendo con Martínez Milson (2019), se requieren procesos de acompañamiento que le ayuden al individuo a cultivar su capacidad de percibirse a sí mismo como apto para decidir y tomar decisiones acertadas, para lo cual requiere un conjunto de habilidades y potencialidades, una reevaluación de su autoconcepto y crear nuevas formas de ser y actuar. El proceso puede tomar meses o años; no es lineal ni igual para todas las mujeres o grupos de mujeres; depende de los contextos, historias de vida, de la localización de la subordinación, entre otros aspectos.

Para la intervención de este caso, el proceso seguido empleó la metodología de grupos de apoyo, que consiste en que un «conjunto de mujeres que, compartiendo similares problemáticas, deciden reunirse para socializar sus experiencias e ir buscando, a partir de sí mismas y de sus compañeras, las alternativas que

necesitan para superar la violencia que viven o las consecuencias que esta dejó en su vida» (Falconí Abad, 2015, p. 35). Se aplican tres principios básicos para la prestación de servicios de asesoramiento: confiar en la experiencia de las mujeres, no culpar a las víctimas por la violencia que han sufrido y no dar consejos, sino promover su autodeterminación. Entre los factores que contribuyen al éxito de este grupo está el hecho de que las mujeres se sienten empoderadas al escuchar a otras que han escapado de situaciones violentas; se sienten comprendidas y apreciadas porque el grupo les da fuerza; se vuelven conocedoras y más consciente de sus derechos, lo que les permite pensar por sí mismas. En ocasiones, las mujeres beneficiadas generan fuera del grupo otros espacios de encuentro, es decir, se asocian solidariamente para emprendimientos o para cuidar a los hijos de sus compañeras, hasta llegan a tejer entre sí amistades profundas.

Otro aspecto positivo, ya de otro nivel, es que con dos o tres horas que dura

la sesión del grupo se atiende a un promedio de 15 o 20 mujeres, lo que optimiza tiempo y recursos, tomando en cuenta que sería muy difícil llegar esa cantidad de personas con terapias individuales.

En el interior del grupo se aplicaron dinámicas para «sensibilizar, concientizar, y aflorar la sabiduría de las mujeres, presente a nivel personal y colectivo. Esta sabiduría se revierte en la acción de la vida cotidiana de cada mujer para consolidar este nuevo aprendizaje, que dará inicio a otros más» (Falconí Abad, 2015, p. 39). Se diseñaron actividades para vivenciar, para compartir (con preguntas generadoras sobre lo que sintieron o pensaron, método de la mayéutica), para reflexionar (un cuento, metáfora, fábula), para actuar mediante acciones prácticas que efectúan en la vida cotidiana.

Las temáticas abordadas durante el año de intervención incluyeron: el cuerpo, la respiración, la palabra, el espacio, los sentimientos,

las creencias, la autoestima, la creatividad, la dimensión social, la dimensión espiritual, la decisión y el propósito de vida. El abordaje de estas actividades constó de una parte teórica y una vivencial y estuvo acompañado de ejercicios para la respiración y ejercicios visuales para conocer a las mujeres desde diferentes espacios y para mejorar el proceso de acompañamiento.



Fotografía 1: Sesión de abordaje de la dimensión social
Fuente: Material audiovisual proyecto «Juntas contra la violencia de género»

El proyecto extendió su intervención hacia los niños acogidos. Para el efecto, se apoyó en los resultados de varios estudios que indican que un infante testigo de la violencia de pareja podría alterar su desarrollo normal y el hecho podría ser un factor atenuante para cometer actos de violencia a la pareja o ser víctimas de ella. Según detallan Díaz Guevara y Rojas Jiménez (2019), los niños que son testigos del maltrato hacia su madre y a la vez víctimas de violencia pierden el sentimiento de invulnerabilidad, el sentimiento de seguridad y de confianza en el mundo y en las personas que lo rodean, especialmente cuando el agresor es su propio padre; el niño queda indefenso, temeroso de que la experiencia traumática pueda repetirse, sufre daños emocionales que pueden persistir a lo largo de toda su vida. Afrontar estos problemas resulta vital porque la vivencia de los infantes constituye un factor esencial para su posterior desarrollo y adaptación al entorno, influye en la autorregularización de sus conductas y emociones, y en el significado

que atribuirán a sus relaciones interpersonales. Los autores insisten en que se pueden solucionar estos problemas mediante la detección precoz y la prevención.



Fotografía 2: Sesión y ceremonia de Año Nuevo

Fuente: Material audiovisual proyecto «Juntas contra la violencia de género»

De igual forma, la intervención se apoyó en estudios que prueban la efectividad de estos tratamientos. Skowron y Reinemann (2005) examinaron 21 programas que comprendían intervenciones psicológicas diseñadas para mejorar los resultados cognitivos, afectivos y conductuales de niños y adolescentes que habían sufrido maltrato infantil y concluyeron que los

tratamientos psicológicos lograron mejorías en cerca del 71 % de los casos tratados. Asimismo, las intervenciones psicológicas dirigidas a niños y adolescentes víctimas de maltrato infantil o expuestos a la violencia de pareja parecen representar una estrategia de prevención para este último tipo de violencia.

Para el programa, la intervención llevó a cabo las siguientes actividades: mi autoestima y autoconcepto, formas de violencia en contra NNA, mi comunidad y yo, reconozco y cuido mi cuerpo, prevención de la violencia sexual, rutas de denuncia para NNA, mapa de protección en la casa, actividades de estima, mi historial personal con la no violencia, mi espacio, interacción social, toma de decisiones, expresión de emociones.

De manera similar al método usado en la intervención con las mujeres, se aplicaron actividades alternativas que dieron lugar a la expresión de las capacidades y potencialidades de los NNA acogidos, también se pudo

ejecutar una colonia vacacional, y se les acompañó y brindó apoyo psicopedagógico durante todo el año de intervención.



Fotografía 3: Sesión de interacción social y actividades lúdicas con los niños y niñas

Fuente: Material audiovisual proyecto «Juntas contra la violencia de género»



Fotografía 4: Dinámica con las mujeres acogidas en la Casa María Amor

Fuente: Material audiovisual proyecto «Juntas contra la violencia de género»

Una actividad que se llevó de manera continua con el equipo de mujeres y niños durante el año de intervención fue el levantamiento de relatos, historias de vida y cuentos que partieron de actividades lúdicas y vivenciales y que fueron escritos tanto por las mujeres como por los niños. Esta práctica resultó de singular valor puesto que permite colectivizar la experiencia individual de la violencia, conocer y hacer visible la experiencia de otras mujeres, al tiempo que se convierte en un espacio de descarga, de soporte y fuerza para la toma de decisiones que se está encausando (Islame y Suárez, 2020; Muñoz y Vargas, 2017). Y, si bien es cierto que a partir de una historia no se puede generalizar ni dar lugar a una representación social de esta violencia, al compartir estas vivencias, las mujeres se convierten en las protagonistas que reconstruyen, resignifican y retransmiten la experiencia que muchas mujeres han padecido, al tiempo que la descomposición de la realidad se convierte en objeto de estudio (Santos Noé et al., 2019). En definitiva, la

escucha de estos relatos posibilita a las mujeres salir de la condición pasiva, victimizante, y lograr un proceso social de transformación considerando que la mejor forma de resistencia a la violencia mediante formas de vida y reproducción colectivas, que implican una red de resistencia que busca poner fin a ese padecimiento (Federici, 2017).

Consideraciones finales

Los desafíos para solucionar el problema de la violencia de género son ingentes tanto a nivel mundial, y mucho más a nivel nacional. Los esfuerzos preventivos podrían comenzar por atacar los factores de riesgo e incorporar procesos más sistemáticos para el monitoreo y evaluación de los programas. En el plano de la investigación, es sustancial elaborar nuevos métodos a fin de comprender adecuadamente el problema, generar más datos sobre el problema, e incorporar evaluaciones de resultados en ámbitos menos estudiados o sobre tipos de violencia menos documentados. En cualquier caso, lo

ideal es abordar el tema de manera conjunta con varios profesionales (psicólogos, trabajadores sociales, juristas) e integrar distintas esferas sociales, de modo que se propicien políticas y programas con enfoques integrales y esfuerzos multisectoriales en gran escala y de manera sostenida. Igualmente, es prioritario comprometer más eficazmente a los hombres en la labor de prevención y eliminación de esa violencia, pues en el ámbito regional son escasos los programas de prevención en ellos participan y más escasos los que cuentan con evaluación de impacto (Aguayo et al., 2016). Finalmente, es necesario adaptar los programas que son eficaces en los países con altos ingresos a los entornos con ingresos más bajos.

Entre las formas de contrarrestar los efectos de la violencia de género están los albergues y los procesos de intervención social efectuados con las mujeres que acogen. Su utilidad ha sido demostrada en diversos estudios, uno de ellos el de Sucapuca

(2018) en un contexto muy cercano al ecuatoriano. Este estudio señala que es preciso implementar casas refugio para acoger a las mujeres violentadas y minimizar el maltrato mediante un trabajo en la parte psicológica. El trabajo muestra una relación directa entre la implementación de casa de refugio, con un promedio de 77.55 %, con respecto a la estabilidad emocional en las mujeres víctimas de maltrato en Apurímac. El promedio y porcentaje general de la valoración del espacio seguro fue de un 83.33%, lo que indica la relación directa que existe con respecto a la estabilidad emocional en las mujeres víctimas de maltrato en Apurímac, entre otras ventajas.

Similares ventajas podemos advertir en el proyecto «Juntas contra la violencia de género» que supuso una intervención con las mujeres y niños acogidos, emprendido en la provincia del Azuay. Resultado de ese proceso fue justamente el compendio de los nueve relatos de mujeres acogidas y de los once cuentos escritos por esos niños

que podremos leer en las páginas que siguen en este libro. El material nos deja percibir el drama desgarrador de las mujeres violentadas, los temores, los problemas, así como el empoderamiento que iban ganando luego de la intervención psicológica. No obstante y a pesar de sus favorables resultados, se deben indagar nuevas alternativas para apoyar a estas mujeres, ya que, como advierten las investigaciones (OMS, 2011), los efectos positivos de los programas tienden a disminuir con el transcurso del tiempo. En definitiva, la categorización de la violencia contra la mujer como una cuestión de derechos humanos conlleva clarificar las normas vinculantes que se imponen a los Estados, es decir, remarcan sus obligaciones de prevenir, erradicar y castigar esos actos de violencia y los hacen responsables en caso de que no cumplan tales obligaciones. Nuestro Estado y el gobierno provincial y cantonal, junto a los éxitos cosechados para ese objetivo, tienen muchos retos pendientes. Como bien remarcó el Secretario general de

la ONU, mientras siga existiendo la violencia contra la mujer, no podremos afirmar que estamos alcanzando progresos reales hacia la igualdad, el desarrollo y la paz (ONU, 2006), así que la eliminación de la violencia de género sigue siendo uno de los más graves desafíos de nuestra época.

BIBLIOGRAFÍA

Aguayo, F., Kimelman, E., Saavedra, P. y Kato-Wallace, J. (2016). Hacia la incorporación de los hombres en las políticas públicas de prevención de la violencia contra las mujeres y las niñas. Santiago: EME/CulturaSalud. Washington: Promundo-US. Panamá: ONU Mujeres y UNFPA.

Castro, M. (2020). El Gobierno se despreocupa de la violencia de género. <https://gk.city/2020/01/20/servicio-proteccion-integral-victimas-violencia-genero-ecuador/>

Colás Bravo, P. y Quintero Rodríguez, I. (2020). Respuesta de los/as adolescentes hacia una campaña de realidad virtual sobre la violencia de género. *Revista Prisma Social*, 30, 187-206

Díaz Guevara, C. y Rojas Jiménez, F. (2019). Violencia familiar y su relación con el comportamiento actitudinal en los niños y niñas de 5 años de las Instituciones Educativas

del nivel inicial, de los sectores marginales en la ciudad de Rioja, durante el año 2018. (Tesis de grado). Tarapoto: Universidad Nacional de San Martín-Tarapoto.

Evangelista García, A. A. (2019). Normalización de la violencia de género cómo obstáculo metodológico para su comprensión. *Nómadas*, 51, 85-97.

Falconí Abad, F. (2015). Mujer no estás sola. Guía para acompañar a grupos de apoyo de Mujeres afectadas por la violencia de género. Quito: Catholic Relief Services (CRS).

Federici, S. (2017). Violencia contra las mujeres [Archivo de video].

Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=F3wuKedZsIA>

Gámez, M. J. y Gómez, N. E. (2017). El 'testimonio ético' como modelo analítico en la comunicación para el cambio social. *Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*. Volumen 3. Recuperado de <https://n9.cl/5dtp>.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) (2019). Encuesta Nacional sobre Relaciones Familiares y Violencia de Género contra las Mujeres-ENVIGM. Noviembre, 2019. <https://url2.cl/hlnGQ>.

Islame, C. y Suárez, F. (2020). Los sentidos que mujeres participantes de grupos de apoyo de CDM de Sernameg le otorgan a su experiencia de violencia en contexto de pareja por medio de relatos testimoniales escritos. (Memoria de grado). Chile: Universidad de Chile.

Jaramillo Bolívar, C.D. y Canaval-Erazo, G. E. (2020). Violencia de género: Un análisis evolutivo del concepto. *Univ. Salud*, 22 (2), 178-185.

Lara Caba, E. Z. (2019). Daño psicológico a mujeres víctimas de violencia de pareja o expareja. (Tesis de doctorado). Universidad de Almería.

Martínez Milson, M. L. (2019). Empoderamiento contra la violencia física a grupo de mujeres que reciben terapia psicológica en la Dirección Municipal de la Mujer Municipio de Villa Nueva, departamento de Guatemala. (Tesis de Maestría). Universidad San Carlos de Guatemala.

Muñoz, V. y Vargas, P. (2017). Vías de agenciamiento de mujeres que viven o han vivido violencia de género en el contexto de pareja y su articulación con la intervención. (Tesis de pregrado). Santiago: Universidad de Chile.

Organización de las Naciones Unidas (2006). Estudio a fondo sobre todas las formas de violencia contra la mujer. Informe del Secretario General. http://www.ungei.org/N0641977_sp.pdf

Organización Mundial de la Salud (2011). Prevención de la violencia sexual y violencia infligida por la pareja contra las mujeres. Qué hacer y cómo obtener evidencias. Trad. Organización Panamericana de la Salud. <https://cutt.ly/nuKTjGq>.

Pérez, M. (2018). El concepto de “violencia de género” como espejismo hermenéutico. Igualdad, autonomía personal y derechos sociales, 8, 69-88.

Salazar Ponce, A. (2018). Acerca de la insuficiente regulación de la Ley de la Violencia intrafamiliar en Chile. *Revista Nova Criminis*, 16, 1-61.

Santos Noé, H. M., Luna, D. y Solano, G. (2019). Psicoterapia breve para pacientes que sufren cáncer de mama. *Revista de Psicología y Ciencias del comportamiento de la Unidad Académica de Ciencias Jurídicas y Sociales*, 10 (1), 49-62.

Sojo-Mora, B. (2020). El significado de la feminidad: estudio basado en relatos de vida de mujeres. *Revista Espiga*, 19 (39), 46-62.

Skowron, E. A y Reinemann, D. H. S (2005). Psychological interventions for child maltreatment: A metaanalysis. *Psychotherapy: Theory, Research, Practice, and Training*, 42, 52-71.

Sucapuca, R. (2018). Implementación de casas de refugio y la estabilidad emocional en las mujeres víctimas de maltrato en Apurímac. (Tesis de Maestría). Lima: Universidad Norbert Wiener.

• • • • •

Testimonios de mujeres

• • • • •



Si ando tan errada;
Si tengo el camino tan perdido;
Por qué insistir en negar
lo que no cuenta.
Por qué tú, desde el poder,
te ocupas de contenerme,
de acosarme, de acorralarme.
Por qué, si soy apenas nada.
Por qué, entonces,
mis preguntas abren grietas.
Por qué si cuestiono yo,
tú y tus jerarquías remojan cimientos.
Por qué, si abro yo la boca,
tú tiembles.

PATRICIA VERGARA



Con mi hija, no

Teníamos dos opciones:
estar calladas y morir o hablar y morir.
Decidimos hablar.

MALALA YOUSAFZAI

Mi vida estaba llena de golpes, maltratos, insultos y abusos. Prácticamente no había día en que, de una u otra manera, no fuera humillada, incluso por las cosas que yo sabía que estaban bien. La relación siguió así mucho tiempo, incluso cuando estuve embarazada, y más cuando llegó mi hija al mundo. Yo aguantaba eso sola. Al principio sentí temor de enfrentar mis miedos, siempre escondía mis problemas e intenté dar la apariencia de que todo estaba en orden, pero yo ya no era la misma, sentía que algo se había roto en mi interior.

Seguí soportando la violencia, me habían educado para asumir que el marido tenía muchos derechos sobre una, incluso el poder para golpearme, así que muchas veces llegué a convencerme de que el golpe

y la saña podrían ser normales, puesto que muchas mujeres que conocía me había relatado que recibían tratos similares, y llegué a pensar que todo eso estaba bien en tanto mi hija no sufriera, hasta que un día ella también fue golpeada. Allí me dije que era hora de terminar con eso. Había discurrido que, definitivamente, debía existir otra forma de llevar el día a día, no como la que yo vivía, y que no tenía por qué aceptar que mi hija compartiera la misma densa atmósfera que a mí me sofocaba. Y había entendido que yo, sola, no podía con todo lo que estaba atravesando.

Decidí pedir apoyo y denunciar estos hechos. Entonces, entre el miedo y la inseguridad, le conté lo que me ocurría a algunos de mis conocidos, gente en la que confiaba de verdad. Tras escuchar varios consejos, muchos de los cuales ya había puesto en práctica, otros que me parecían demasiado arriesgados, opté por la denuncia y por la decisión que, creo, es una

de las que más ha afectado mi vida: abandonar lo que hasta ese momento había considerado, erróneamente, como mi hogar. Todo lo que siguió de ese proceso me condujo a la Casa María Amor.

Al principio, lo único que ambicionaba era estar lejos de la persona que me había causado daño, estar en un lugar protegido, donde mi hija y yo pudiéramos permanecer sin sobresaltos. En la Casa hallé algo más que un sitio para aislarnos y eso era algo que yo no sabía que pudiera existir porque, de haberlo sabido antes, no me habría demorado tanto tiempo en ganar voluntad y abandonar el caos que me estaba asfixiando. En este lugar me relacioné con mujeres que habían encarado situaciones similares e incluso más desgarradoras que las mías, y conocí a gente que se interesaba en lo que me había pasado, que buscaba curarme también del corazón y no solo de las heridas físicas, pues mi pequeña y yo estábamos laceradas por dentro y por fuera. Solo ahora entreveía realmente

en qué magnitud y cómo yo misma había consentido que eso estuviera pasando.

Poco a poco pude apreciar que la vida es más linda sin violencia, hasta el punto de acostumbrarme a vivir sin gritos, sin agresiones, hasta el punto de entender que esa debía ser la normalidad, que esa era la vida que deseaba para mí y más para mi hija. Conforme pasaban las semanas, sentimos que algo dentro de nosotras se iba transformando, y lo sentía más cuando veía sonreír a mi hija y la veía jugar con las otras niñas, muchas veces inventando los juegos y los temas que los demás imitaban con obediencia. Iba quedando atrás el tiempo en que la veía estremecerse ante el grito, temblar ante el golpe y llorar conmigo ante la rabia.

Ahora disfruto de una vida más tranquila, con armonía y paz. Mi mensaje para todas las mujeres que afrontan situaciones parecidas es que, en este andar por el mundo, lo esencial es tener amor por una misma. Cuando

es así, nadie nos puede golpear porque sabemos cuánto valemos, y nadie puede arremeter contra nuestros hijos porque ya hemos levantado las armas que antes teníamos, pero no sabíamos usar. Entre estar callada o morir, elegí hablar.

Cuando el dolor empieza en casa

Lo más revolucionario que una persona puede hacer es decir siempre en voz alta lo que realmente está ocurriendo.

ROSA LUXEMBURGO

¿Cómo se puede escapar del círculo de la violencia cuando se ha nacido en él?, ¿cómo puede una darse cuenta de la inmundicia cuando se está anegada en ella, respirando en ella, como si fuera el propio oxígeno?, ¿cómo se puede soñar con otra vida cuando solo hemos conocido una posible, la que nos daba nuestra familia, la gente que se supone era la que más nos amaba, la que debía protegernos de todo mal? Mi madre nació en ese círculo. No pudo escapar, y llegó a asumir, como es frecuente en esos casos, que así debía ser. Tanto naturalizó esas conductas que luego careció de argumentos para luchar contra esa ola de violencia que terminó afectando a la niña que había engendrado.

Yo, al igual que mi madre cuando fue niña, fui maltratada por mi familia desde pequeña hasta adulta. En el seno del que debía ser mi hogar, al igual que mi madre, sufrí humillaciones y golpes. En ese lugar, viví los episodios más escabrosos de mi vida, cuando mis primos y un tío me violaron, por lo que quedé embarazada no una vez, sino por dos ocasiones. Entonces empecé a sentir el aire mucho más enrarecido. Mi cuerpo y mi mente no podían respirar y fue el síntoma que me impulsó a preguntarme si lo que vivía era vida o una pesadilla. Lo primero que hice fue contarle a mi madre de esta situación. Mantenía la esperanza de que ella sabría cómo aplacar todo aquello que me sobresaltaba, que podría responder mis dudas y ayudarme a respirar. Pero ella, al carecer de medios para luchar conmigo, ante la impotencia que sentía al ver lo que me pasaba, me golpeó con un alambre en la barriga y me empujó por las escaleras, lo que

provocó que perdiera al bebé. No hacía más que responder al círculo de violencia en el que había crecido.

No hubo hospital ni hubo consuelos, ni siquiera caridad con ese cuerpo roto por la violencia y por la muerte que latía en las entrañas. El aire se tornó todavía más enrarecido. Y como yo ya había hablado, como ya se notaba mi cansancio y mi osadía, siguieron con más dureza los castigos, los golpes, las humillaciones. Pero, para sorpresa de todos, lo que había pasado no logró anegarme en el mismo fango de siempre, sino que destapó mis ojos y me ayudó a ver más allá. Fue entonces cuando supe que la única forma para poder respirar era escapar de allí.

Con ese credo en mente, cansada de los maltratos y con la ilusión de otros aires me salí de la casa. No hubiera podido con esa aventura tan grande y tan decisoria si no hubiera sido por la persona que encontré en mi camino: una señora que se llamaba Luciana, a quien le conté lo que pasaba. Ella me tendió la mano y se convirtió en mi familia. Gracias a ella pude asirme a

mí misma y continuar mi vida de otra manera, ella me contagió del calor que disolvió el frío que congelaba mi alma. Hoy he visto nuevos horizontes, tengo metas, expectativas para la vida y me rehúso a que el pasado acabe con mi presente y con mi futuro.

Luciana se fue lejos y nunca más supe de ella. Yo, la verdad, la extraño mucho y quisiera saber cómo está, qué ha sido de su vida, y también quisiera poder agradecerle de otro modo todo lo que hizo conmigo. Un consejo que podría darles a las mujeres que están pasando algo similar a lo que viví yo es encontrar a su Luciana. Siempre están por allí, muy cerca, esperando nuestra señal, y no la dejen ir, síganle el rastro para volver a ella cuando nuevamente nos falte la claridad. Las Lucianas que hallamos en el camino nos dicen que, después de todo, la violencia no es invencible, que siempre habrá formas de derrotarla. El camino empieza diciendo en voz alta lo que realmente está ocurriendo.

Todo por mis hijos

Amurallar el propio sufrimiento
es arriesgarte a que te devore desde el
interior.

FRIDA KAHLO

¡Nunca imaginé cuánto cambiaría mi vida y cuán diferente y dolorosa sería comparada con mi niñez! ¡Tampoco imaginé cuánto costaba crecer! Y es que, en mi caso, caminar a la adultez supuso un trayecto empañado por tantas dificultades que aún sigo sorprendida de haberlas vencido y de estar aquí contando lo que me ha pasado. Ciertamente, yo fui afortunada en mi niñez, fui muy feliz aun siendo pobre. Tenía a las personas más importantes, y solo al verlos alegraban mi vida, ellos son mi padre y mi madre. Nunca me faltó comida ni vestido, ni me faltó su protección. Crecí así, con la inocencia y con el calor que ellos me dieron. Infortunadamente un día las cosas cambiaron.

Ocurrió que con el paso del tiempo mis padres se separaron y yo me

quedé con mi madre y mis hermanos. Esta separación impactó a toda mi familia. Atrás quedaban esos años de felicidad que habíamos compartido juntos.

Quizás por eso mismo, extrañando esa alegría a la cual me había acostumbrado, empecé a buscar lo más parecido a ella y lo hallé en brazos de un hombre de quien me enamoré. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. Me quedé embarazada a muy temprana edad (14 años). El padre, como es frecuente en este tipo de casos, me dejó sola con esa vida en el vientre, y mi familia, como también suele pasar, quedó completamente desconcertada con mi “error”, con mi problema. No obstante, a pesar de que estaba sola, salí adelante porque mi hija me motivaba.

No acabaron allí mis dificultades: me embaracé por segunda vez cuando mi pequeña cumplió cuatro años y, aunque no estaba en condiciones

de tener al bebé, al final, opté por seguir adelante con el embarazo. Esto me trajo nuevamente una serie de problemas, especialmente con mi padre. Allí estaba otra vez, a mis 19 años afrontando la soledad del desamor, y el reto de alumbrar a un hijo en circunstancias tan desafortunadas, alimentándome de la felicidad de mi niñez, la que aún me quedaba, ganando fuerzas para sacar adelante a la familia que yo mismo prolongaba. Esta vez me fue mejor. Vine aquí, a la Casa María Amor, un lugar que, según me habían contado, podía ampararme. Allí llegué cargada de mi dolor de mujer, con el vientre lleno de vida nuevamente, con la ilusión de sentirme menos sola que ayer.

Mi segundo hijo ya nació. Ahora que está en mis brazos, que miro sus ojitos, su carita, sé que actué correctamente al decidir tenerlo. Voy a salir adelante con los dos, pase lo que pase, porque ellos, mis hijos, siempre serán el amor de mi vida; por ellos seguiré luchando hasta donde sea mi destino. Me gustaría darles la misma felicidad de mi niñez o lo más parecido a eso que

yo sentía, para que un día ellos, al igual que yo, sepan usar ese recuerdo para enfrentar las adversidades que irán encontrando, al igual que lo hice yo.

Espero que la historia de mi vida, la que estoy contando ahora, sirva a otras mujeres para comprender que nos merecemos una vida llena, buena, con amor y respeto, que no podemos vivir con el dolor adentro, acumulado, a pesar de todos los errores que podamos haber cometido. Debemos salir a buscar esa vida en algún lugar porque siempre habrá quien nos extienda las manos como lo hicieron conmigo. Y si en nuestras manos y vientre se alumbra un nuevo ser, somos nosotras las primeras que debemos procurar que nuestros hijos reciban ese amor y respeto, esa llenura. Así los armamos para ser felices.

Reinventando la vida

No quiero sentirme valiente cuando salga a la calle,
quiero sentirme libre.

ANÓNIMO

Recuerdo perfectamente el día en que cambié mi vida para siempre: un 31 de mayo. Esa fecha comencé una nueva vida junto a mis hijas. Dejamos atrás episodios de maltrato, de abuso, de total incompreensión, episodios que yo sabía que me estaban hiriendo a mí y, lo que es peor, a mis hijas. Y no, no deseaba darles eso. Eran suficientes mi tristeza y la desazón que me acompañaban como para propagarlas a los seres más importantes de mi vida. La decisión la venía pensando desde hacía varias semanas atrás, cuando me comentaron la opción; luego, cansada de ver que todo permanecía igual, que no había ningún atisbo de cambio, supe que había llegado el momento de terminar con eso.

Con mis hijas fuimos a un lugar que nunca antes supe que existía, la Casa

María Amor. Debo confesar que, al principio, no me gustó, quizás el ver a esas mujeres y el organizar mi vida en torno a ellas me resultó extraño porque suponía una experiencia nueva, se concentraban muchos dolores que inferí que no podría soportarlo.

Pero yo sabía que todo pasa por algo y en mi caso para bien, así que fui aprendiendo a desenvolverme allí y a convivir de esa forma mancomunada, compartiendo ardores y esperanzas con las mujeres que habían tomado la misma decisión que yo. La Casa es un sitio bello y muy tranquilo. Aquí nos apoyamos unas a otras y en eso radica su particularidad y su valor para todas las personas que hemos atravesado experiencias similares.

Lo más importante que la Casa me ha dado es que durante este tiempo en ella he podido reflexionar y aprender muchas cosas que quizás por miedo no me atreví antes. Por muchos años tuve problemas y pensé que el

cambio nunca iba a llegar. Sabía que atravesaba esas dificultades, pero no tomaba el valor para zanjarlas de la manera en que debía, en su origen, a tal punto que casi fui naturalizando situaciones impropias. Pero al fin resolví terminar con aquello que no me hacía bien a mí ni a mis hijas, que estaba destrozando nuestras vidas. Las personas de este sitio me enseñaron que las consecuencias de la violencia habrían sido mucho más graves de lo que yo habría podido calcular, que seguir en ello habría lastimado mi salud mental por mucho tiempo. ¡Cuánto he aprendido al respecto!

Mírenme, ahora ¡estoy aquí empezando una nueva vida junto a mis hijas y a las personas que me apoyan! Ese renacer y la sensación de libertad, mujeres y personas que me leen, es lo que deseo enseñarles a ustedes y a ellas. Siempre es posible, y a veces hasta necesario, comenzar otra vez, aunque ese inicio pueda ser duro; además no hay nada como salir a la calle sintiéndonos libres para tomar nuestras propias decisiones.

La mujer “problema”

Al fin y al cabo,
el miedo de la mujer a la violencia del
hombre
es el espejo del miedo del hombre a la
mujer sin miedo.

EDUARDO GALEANO

En una parte del mundo hay una mujer que se llama Lucía. Ella tuvo una infancia muy dura porque desde pequeña sufrió abusos físicos, psicológicos y sexuales de sus allegados, pero se quedó callada. En esa edad, ciertamente, no resulta sencillo distinguir qué está bien, qué está mal, y es más difícil aún tener valor para contar esas cosas que sentimos extrañas y que están ocurriéndonos, incluso a nuestros propios padres. Lo cierto es que este silencio dejó huellas en Lucía, muchas de ellas con profundas consecuencias en el resto de su vida.

Cuando Lucía creció fue una “niña problema”, como solían llamarla en la casa. Constantemente mostraba

actitudes hostiles, a veces se mostraba desobediente, irrespetuosa, llegaba tarde a casa, prefería a sus amigos y se mostraba irresponsable con sus tareas académicas.

De alguna manera, era su forma de reclamar por su pasado, de entregar síntomas de que algo pasaba o había pasado en ella y que la obligaban a llamar la atención con semejante proceder.

Desafortunadamente, las cosas que experimentó en su adolescencia fueron más fuertes que esos episodios de disidencia: a los 15 años fue abusada y quedó embarazada de una niña.

Su madre y su padrastro, de cierto modo, no la desampararon. Criaron a la nena mientras ella debía ver la forma de solventar la situación. Viajó por muchos lugares por temas laborales, y también para olvidar lo sucedido, y en ese recorrido conoció a buenas y malas personas que le enseñaron muchas cosas que quedarían en

su corazón. En eso, Lucía, hecha al dolor, cayó en manos de un hombre muy malo quien, aprovechándose de su vulnerabilidad y de la necesidad imperiosa que tenía de obtener un sustento para su hija y su familia, la obligó a prostituirse. Fueron momentos muy duros de su vida, no solo por lo que le tocaba hacer, sino porque también era golpeada, pasaba hambre, y porque le sucedieron muchas cosas malas más que no avanzaría a contar. Deambuló por varias ciudades en ese oficio, hasta que se enteró que nuevamente estaba embarazada.

En ese deambular y gracias a los buenos consejos que recibió, llegó acompañada de su hija a un centro, la Casa María Amor, institución que la ayudó, entre otras cosas, a ponerle un alto a ese señor y le enseñó a no tenerle miedo, a ser fuerte. Ese aprendizaje fue un gran paso en la vida de ambas mujeres y fue la llave que ella necesitaba para abrir nuevas rutas y dejar atrás el pasado que tanto le había perseguido. Impulsada por la energía y las ganas de salir

adelante y ser dueña de su destino, lo que también había aprendido en la casa, impulsada también por su hija, consiguió un empleo y pudo formar un nuevo hogar.

Con el pasar del tiempo, esta mujer renovada y más empoderada de su vida concibió una nueva hija y, aunque otra vez no tuvo estabilidad con su pareja, eligió seguir adelante por sus medios. De todos modos, el nuevo ser venía al mundo en condiciones diferentes a sus dos hijos anteriores y eso ya era una buena noticia. Ahora Lucía sabe, y desea que las demás mujeres lo sepan, que lo más importante es ser feliz, que no se puede ir por el mundo aceptando o, lo que es peor, callando el sufrimiento; también sabe que tiene a sus hijas que son su mayor pilar para salir adelante, el mismo pilar al cual pueden sujetarse otras mujeres cuando sienten que están por desfallecer: nada hay tan fuerte como eso.

La fuerza del verdadero amor

Ha podido más el amor que mi madre
nos daba
que el odio de mi padre.

FRAN ORANTES

Desde siempre soñé tener una verdadera familia, pero nunca imaginé el precio que debía pagar para intentar mantener a la que yo creía que había formado. Una se crea esa ilusión de familia cuando sale a los parques, al cine, al mercado y ve a padres felices que llevan de la mano a sus pequeños, o ve a madres regañando a sus pequeños con ternura, o cuando ve a las amigas de una, seguras y orondas circundando el cerco familiar que las rodea. Y entonces nacen las ganas de ser tan felices como los demás, de tener con quien compartir esos paseos y salidas, y claro, la vida misma.

Con armonía quise comenzar mi sueño con un chico que conocí en mi país y que fue mi amigo por largo tiempo, luego llegamos a entablar una relación de ocho años. Cuando sentimos que

la relación estaba consolidada, un día decidimos tener una nena, así llegó a nuestras vidas mi pequeña Maddison. Sin embargo, por la crisis política que vivía mi país nos vimos en la necesidad de venir para Ecuador.

Deseábamos darle un mejor futuro a nuestra hija, así que asumimos esa dura decisión de abandonar el país y a la gente que queríamos y nos quería. Fue un momento muy penoso para todos, pero estaba lejos de suponer que después vendría lo peor.

Ya en Ecuador, él empezó a mantener un comportamiento agresivo conmigo. Mi hija veía cómo su padre me trataba mal, con insultos, groserías, llegando incluso a amenazarme con que se iba a quitar la vida. La situación se repetía todos los días y a todas horas, tanto que la violencia se había vuelto cotidiana. Convivimos varios meses con esta violenta situación. Todavía no logro explicarme qué había pasado con él: ¿acaso era

la situación de desarraigo que nos había tocado enfrentar?, ¿acaso era la situación económica?, ¿llegó a conocer a alguien acá?, ¿estaba desquitándose conmigo la frustración que sentía por todo lo que habíamos vivido? Habíamos pasado mucho tiempo como pareja para imaginar que un día iba a responderme con actitudes tan cruentas como las que estaba experimentando, ¡realmente no lo comprendía!

Para olvidar estos episodios en mi casa salía al parque a jugar con mi hija. En una de esas idas llegué a conocer a una persona a quien, urgida por el dolor que estaba sintiendo y por la confianza que me brindaba, le conté lo que me estaba pasando. Esta conocida, al percibir cómo eso me estaba afectando, me recomendó seguir unas terapias, que fueron efectivas y me apoyaron para lograr empoderarme, llenarme de valor y, lo que fue más significativo, a sacar mis cositas de donde vivía y venir a este lugar, la Casa María Amor, sin él, sola con mi hija. Mi corazón estaba destrozado en

esos momentos, yo estaba deshecha y sentía angustia porque mi sueño de esa familia anhelada se estaba yendo para siempre.

Ya en la casa y a pesar del dolor, poco a poco llegué a concluir que había tomado una buena decisión, sobre todo cuando vi cómo reaccionaba mi nena. Ella observó en este sitio la tranquilidad y cambió su actitud, pues se transformó en una pequeña alegre y con una nueva luz. Yo también cambié, y eso es natural cuando la violencia deja de ser parte de nuestras vidas. Y aunque en esta casa he aprendido muchas cosas, a reconocer las razones de mi dolor, el de las demás, lo más importante que me ha dado sigue siendo ver cómo mi pequeña Maddison juega y comparte con sus amigos.

Después de todo lo que viví con esta experiencia que les he compartido, saqué muchos aprendizajes, y espero que ustedes también. Entre ellos están amarme a mí y a mi hija por sobre todas las cosas, y eso, en la práctica

implica no aceptar malos tratos de nadie, mucho menos del ser que más amparo debió brindarnos porque era nuestra familia, la única que teníamos en este sitio tan distante de los seres que nos habían abrigado a lo largo de nuestras vidas. Hoy, cuando cuento esta historia, puedo aseverar con seguridad que me siento más tranquila porque recuerdo que conocí a mi verdadero amor el 15 de enero del 2017, lleva por nombre Maddison. Nada es más importante que ella, mi motor, la que me motiva para salir adelante. Todo lo hago por las dos. Si pensamos de esa manera, mujeres maltratadas, seguramente nuevos rumbos y nuevas metas encausarán nuestros destinos, y nos llevarán a un mundo donde no cabe ningún tipo de violencia.

Recaídas

A veces tienes que olvidar lo que sientes
y recordar lo que mereces.

FRIDA KAHLO

Esta es la historia de una mujer que hace mucho tiempo atravesó momentos muy desafortunados. Todo comenzó cuando conoció a un hombre que supuestamente la quería, sin embargo, la realidad era otra. Amparada en el amor que ella sí sentía por él y en el deseo de formar una familia, dispuso que era momento de salir de la casa de sus padres y hacer vida con esa persona que había conocido. Ella convivió con él desde el 2011, pero no le fue bien, sufrió mucho, así que en el 2019, luego de ocho años juntos y de tanto maltrato, tomó la decisión de alejarse. Sin embargo, no todo fue tan sencillo, ha debido encarar muchos momentos de retroceso.

Esta mujer, deben saberlo, está por tercera vez en la Casa María Amor. Ha regresado nuevamente lastimada, herida por la ingratitud, buscando

aquello que no ha podido conseguir, quizás por la misma vulnerabilidad que la trajo la primera vez. Llegó con la esperanza de que el equipo de la Casa la estimule a ser fuerte, a dejar atrás el pasado, y a conseguir por fin el empoderamiento que tanto ha estado buscando. Sabe que las arengas de sus compañeras y su familia han sido un fuerte apoyo moral. Su regreso le ha hecho darse cuenta más que nunca de lo que realmente quiere. En tal sentido, agradece mucho el apoyo del psiquiatra y la meditación, así como el aporte de las mujeres de éxito con quienes han compartido su sentir y le han dado la oportunidad de conocer muchas cosas.

Ahora, cuando revisa todo lo ocurrido, su vida con él, reconoce que todavía tiene un sentimiento por esa persona, y en ocasiones hasta ha pensado perdonarlo, pero la razón la obliga a cambiar de parecer. Entonces recuerda los momentos duros, llenos

de angustia, y reconoce que esa etapa de su vida estuvo muy embargada por el dolor, y que no le gustaría volver a vivir todo eso de nuevo. Sabe que volvería a ser así, que él no cambiará, que el amor que en apariencia le había mostrado jamás fue tal porque si no jamás se hubiera comportado tan mezquino y cruel con ella. Está dispuesta a luchar por ese sentimiento que a veces la invade, lo deja de lado, por su bienestar emocional, su tranquilidad y la de sus hijos. Hoy, más que nunca, sabe no podría destruir todo lo que ha conseguido luego de haber puesto el punto final a esa historia.

Sus hijos Steven y Anderson son su razón de ser. A pesar de que durante un tiempo estuvieron separados, luchó para tenerlos en sus brazos. Por ellos ganó la fuerza que requería y ha sido capaz de romper el cerco que la unía al hombre que la había maltratado tanto tiempo. Estar separados de ellos ha sido quizá lo más duro que debió soportar en sus momentos de mayor infortunio. Y lo evoca con tristeza.

Pero también sabe que en tales instantes no le quedaba otra opción, que todo lo que hacía era por ellos, para recuperarse y cuidarlos como se merecían.

Actualmente esta mujer se siente feliz, pero un poco nostálgica a la vez porque aún está lejos de uno de sus hijos. La tranquiliza la certeza de que pronto estará junto a él, y mucho más saber que todo depende de ella. Como compañera de éxito que se siente ahora, al imaginar que otras mujeres podrían estar viviendo lo mismo que ella, no dudaría en exhortarlas a que, como ella hizo, busquen apoyo, y les repetiría lo que ella se ha gritado a sí misma tantas veces: que no está sola, que siempre hay una alternativa, y que esa alternativa está a nuestro alcance. Una sola llamada, muchas veces, podría cambiar nuestras vidas. Y si hay que volver a llamar, volver al principio, hay que hacerlo. El éxito es ese, apoyarse a una misma todas las veces que sean necesarias.

Ser mujer en tiempo de la migración

Nunca se entra por la violencia dentro de un corazón.

JEAN BAPTISTE MOLIÈRE

La historia de mi vida está atravesada por experiencias negativas. Y eso no es lo que yo deseaba para mi vida. Podría ubicar el inicio de todo este círculo de violencia en mi época de enamoramiento. Y aunque ahora me cuesta creerlo y aceptarlo, debo reconocer que mi esposo me pegó desde que fuimos novios. No paré eso en el debido tiempo, estaba muy enamorada para planteármelo, así que la violencia prosiguió después de que nos casamos. Entonces, lo que se supone iba a ser mi vida de familia, mi hogar, se tornó en un episodio negro, lleno de golpes, gritos, humillaciones, sufrimiento. Esto acabó cuando mi esposo migró a Nueva York.

Con el paso del tiempo y ya estando sin mi esposo, conocí a una persona mayor, y llegué a entablar una linda amistad con él, me brindó su confianza,

y le conté todo lo que había estado pasando con mi pareja. Él me hizo abrir los ojos explicándome que no debo seguir aguantando tanto maltrato, que no debía aceptar ni naturalizar eso como estaba ocurriendo. No sé qué pasó, imagino que la soledad, los malos recuerdos, el estar todo ese tiempo con un hombre tan distinto, tan respetuoso, o tal vez la suma de todos factores, lo cierto es que llegué a amar a esa persona y olvidé a mi pareja.

Cuando habían pasado tres años, mi esposo quería regresar de New York, pero yo ya no sentía nada por él, por tanto golpe el amor se terminó, además yo tenía miedo de que me volviera a maltratarme una vez que estuviésemos juntos. Aterrada por lo que podría suceder, sabía que debía actuar para evitar volver a entrar en ese mundo de violencia que él había formado para mí. Me sentía más fuerte, más consciente de mi situación, con más ímpetu para luchar por lo que realmente ansiaba. Fue por esos tiempos en que pensé

que si tenía un hijo con la persona mayor que me alentaba me iba a dejar en paz mi marido, se olvidaría de mí, igual ya habíamos vivido algún tiempo estando separados.

Sin embargo, eso no fue lo que ocurrió. Cuando mi esposo intuyó que algo me sucedía, tal vez porque me sentía muy rara, volvió y con más violencia, realmente estaba dispuesto a matarme. Cuando había cumplido un mes de embarazo, me hizo la vida imposible. Caí en depresión y solo me rendí. Ya no importaba nada. Todos me dieron la espalda al saber que estaba esperando un hijo que no era de mi marido, incluso escuché decir por allí que yo merecía cualquier castigo porque había sido capaz de semejante traición. Yo era la víctima y me estaban mirando como la agresora. Realmente no sabía cómo levantar mi vida en esos momentos.

Un día una doctora a la que conocí y le hablé de todo lo que me estaba ocurriendo; ella me trajo a la Casa María Amor. Fue el mejor estímulo

que recibí en mucho tiempo. Allí fui superando poco a poco la crisis que me afectaba; gracias a la información y al afecto con que fui acogida, me di cuenta que puedo salir adelante, a pesar del qué dirán de la gente. Durante este tiempo he aprendido mucho más junto a mis compañeras, por ejemplo, que soy una mujer muy valiosa y que no merezco que nadie juzgue mi vida, menos que me maltraten, aunque esa persona fuese mi esposo. Le agradezco mucho a Dios porque ahora me siento feliz y por eso deseo compartir mi experiencia con los demás. Si de algo me sirvieron todos esos momentos negativos es para saber que ningún ser humano debería pasar por esto, que todos merecemos una vida digna, y que ambas cosas solo dependen de nosotros, de nuestras decisiones. No elegimos la violencia, pero sí vivir sin ella.

Cambiar de vida

No estoy aceptando las cosas que no puedo cambiar, estoy cambiando las cosas que no puedo aceptar.

ANGELA DAVIS

¿Cómo iba a imaginar yo que el hombre que amaba y que juraba amarme iba a ser la persona que más daño me causaría?, ¿cómo podía yo sospechar la vida que me esperaba a su lado? Cuando una elige a un hombre y acuerda compartir la vida con él, ahora lo sé, toma una decisión trascendental y debería contemplar un sinnúmero de aspectos más, no únicamente el manifiesto amor que podríamos estar sintiendo. Yo elegí mal. Primero fue el maltrato, la violencia física y psicológica que ejerció sobre mí mi pareja el tiempo que estuvimos juntos, luego llegó el cansancio de esa vida, así que lo abandoné. Sufrí porque por una decisión mala, por conocer a la persona equivocada, terminé en la calle.

Cuando me alejé de él no tenía a dónde ir con mis dos hijas y mi hijo. Un mes me pasé en la calle con mis pequeños por Esmeraldas, no recibí ningún tipo de apoyo. Durante ese tiempo mis hijos se enfermaron y lloré mucho. Muchas veces me vi tentada de volver con él, o de pedir apoyo a su familia, pero al mismo tiempo entendía que eso significaba volver a esa vida que anhelaba dejar atrás. Me sorprendí de que no hallara en mi ciudad alguien en quien apoyarme en tan duros momentos, que la gente no se conduela del dolor de una madre ni del hambre que sentían mis hijos.

Un día tomé mis cosas y me vine a Cuenca. Gracias a Dios, conocí a una mujer que me ayudó para que me quedara en su casa. La idea de alejarme lo más que se podía de mi agresor me devolvió la tranquilidad y me ayudó a tomar el valor para venir. Aquí pude gestionar y conseguí el bono del Gobierno y así pude mantener a mis hijos. Las cosas

parecían ir mejorando para nosotros: disponíamos de un techo para dormir, algún dinero para comer y estábamos lejos de él. Sin embargo, el panorama comenzó a cambiar.

La señora que me ayudó empezó a tener problemas con los dueños de casa por los niños. Había llegado el momento de buscar otro techo para nosotros. Fui a la Casa del Migrante, ahí una doctora conoció mi caso y me envió hasta la Casa María Amor. Cuando supe que algo así existía, que estaba hecho para mujeres en una situación como la mía, no pude más que agradecer la posibilidad de poder resguardarme con mis hijos en ella. Aquí tengo techo y comida caliente y mis hijos están felices porque les tratan muy bien, han aprendido mucho sobre el respeto a las otras personas. Los tiempos de la calle quedaban lejos.

Sin duda, el cambio más decisivo es el que he vivido yo. Por mi parte, empecé a valorarme como mujer y los pensamientos tristes han disminuido, ya no lloro ni pienso en cosas del

pasado. Creo que he encontrado la tranquilidad y el sosiego del que carecía desde mucho tiempo y veo cómo al sentirme así puedo ser mejor madre, puedo darles paz también a mis hijos. No deseo que ellos recuerden el pasado ni que eso empañe su crecimiento, quiero que sigan aprendiendo todas las cosas buenas que esta Casa nos permite mientras permanezcamos aquí.

No deseo terminar la historia de mi vida sin insistir que esta experiencia en la Casa María Amor ha sido algo importante para mí porque si no fuera por este lugar, de pronto mi vida y la de mis hijos sería otra. Desearía que todas las mujeres de mi tierra, sobre todo aquellas que viven la misma agresión que yo, pudiesen conocer este sitio y recurrir a él como una opción, que sepan que no están solas, que hay leyes que nos amparan. Luego de tantos años de violencia, de un mes angustioso en la calle, este lugar ha sido lo más lindo que me ha pasado.

Camila, inocencia y valentía

En la hora torcida de mi vida
comencé a escribir este poema,
con el penúltimo aliento de una
superviviente (...)
sirva como último arañazo sobre la carne
colgante del destino,
como asidero para alcanzar la superficie
y gritar al miserable dios del tiempo:
hijo de perra, sigo aquí.

ALANA PORTERO

Camila nació al sur de nuestro país en el seno de una familia numerosa y humilde. Vivió sus primeros doce años junto a sus padres y sus nueve hermanos. No fue feliz allí. Recuerda su infancia junto a ellos como momentos tristes: sufría constantes abusos físicos y psicológicos por parte de su padre, además existía una imposición de pensamiento machista en su familia. A esos problemas se sumaba el asunto económico, creció con muchas carencias. Recuerda con bastante pena no haber tenido ropa en buen estado o un buen par de zapatos, especialmente esos zapatos de lona, que eran considerados los mejores en

ese entonces, los que lucían con orgullo muchas niñas de su edad. Y a todo ello se sumaba un problema más: su papá consumía alcohol regularmente y solía malgastar el dinero ganado por su madre en la venta de productos agrícolas y ganaderos. De hecho, ella, su madre, era quien los sacaba adelante. La situación era, como pueden ver, muy desafortunada para toda su familia.

Un día, cuando ella había cumplido doce años, mientras estaba sentada en un árbol, su papá se le acercó y le preguntó si quería ir a trabajar, que iba a obtener dinero a cambio. Su primer pensamiento fue que, si tenía dinero, podría comprarse esos zapatos que tanto venía deseando. Le respondió que sí. Luego vino lo demás. Se recuerda a sus doce años terminando la escuela primaria, y luego siendo enviada por su padre en un carro a trabajar con una señora muy lejos de casa. Ella fue con inocencia e ilusión, pero conforme pasaba el tiempo, los días se volvían

más pesados. Por un lado, estaba la nostalgia, no había imaginado que el separarse de sus padres y hermanos le causaría tanto dolor. Por otro lado, estaba la violencia que vivía, empezó a ser maltratada por la señora que la empleaba: recibía constantemente golpes e insultos, y llegó a pensar que se los merecía por ser “su empleada”. Nada era como había supuesto.

Su padre la visitaba mes a mes, cuando iba a cobrar su sueldo. En esos breves encuentros escuchaba comentar a la señora que la trataba como a una hija, que estaba bien bajo su tutela. Pero ella no se quedaba callada y siempre le pedía a su padre poder regresar a casa, le contaba que no estaba feliz, que extrañaba a la familia y que no era bien tratada. Su padre hacía caso omiso de todos sus ruegos. Cansada de los maltratos recibidos por parte de la señora y de que el padre no atendiera su petición de sacarla de allí, un día se escapó de ese lugar y corrió de regreso a su casa. Fue un acto de mucho valor, que ni ella misma creía que lo hubiese podido haber logrado.

Estando ya de regreso con su familia debió nuevamente ir a trabajar. Esta vez se fueron todos por un año a un rancho a cuidar animales. Las cosas fueron algo diferentes en esta época, la recuerda asociada a buenos momentos, ya que tenían empleo, sus hermanos quisieron ayudar para progresar económicamente y, sobre todo, porque estaba con su familia, se sentía arropado por ellos y no tan sola como en aquella casa. Fue por estos años cuando un hermano suyo viajó a los EE. UU. para poder salir adelante y aportar para la casa, lo que de algún modo iba a aliviar las carencias que desde tiempo atrás venían sintiendo.

Cuando la familia regresó a casa luego del trabajo en el rancho, retomó sus estudios, entró a la secundaria pero solo hasta sus dieciséis años cuando debió retirarse luego de haber cursado el Décimo de básica. Contrariamente a lo que podría haber imaginado, su tiempo en la escuela fue muy doloroso, ya que su padre, un ser muy machista como lo había señalado antes, no aceptaba que

tenga amigos y la golpeaba cuando la veía con algún muchacho que la pretendiese. Le decía continuamente que no debía estar junto a hombres porque la incitarían a casarse muy temprano, pero ella ni siquiera tenía novio, no le interesaba una relación así.

El ambiente se volvió tan incómodo y agotador para ella por el injusto trato de su padre, que se vio obligada a dejar de estudiar para ir a ganar dinero y ser independiente. Fue la segunda vez que se separaba de su familia. A los dieciséis años empezó a trabajar y a recibir un sueldo, y lo hizo con la misma ilusión y ambición de años antes, para poder cubrir las necesidades que siempre tuvo. Después de pasar un tiempo en el lugar donde halló trabajo, fue a buscar otras oportunidades laborales en Azogues, allí conoció al que sería el padre de sus dos primeras hijas.

La relación con esta pareja duró tres años de novios, hasta que empezaron a vivir juntos. Durante el

tiempo de noviazgo, él ya demostraba ser un hombre agresivo, pero, equivocadamente como les ocurre a muchas mujeres, ella pensó que el matrimonio lo cambiaría; y también creyó que al casarse ya no tendría que seguir trabajando. En ambas cosas se equivocó. Él era muy cruel con ella, la maltrataba física y psicológicamente a tal punto que le prohibió comunicarse y ver a su familia, llegando a aislarla de sus redes de apoyo, dejándola vulnerable. Los días junto a él se tornaron realmente muy dolorosos. En cuanto a lo otro, al juntarse empezaron a laborar los dos en una hacienda. En todo ese tiempo y dadas las circunstancias, ella llegó a sentirse como un pájaro enjaulado. Entre llanto y sangre pedía apoyo a su familia, pero nunca lo recibió. Ellos le decían que “así es el matrimonio”, que “debe aguantar”. Su familia, al igual que muchas mujeres, había asumido que la condición de casada implicaba llevar esa cruz y no había más alternativa.

A los tres años de vivir juntos, él le propuso casarse por la Iglesia. Su

familia le decía que al casarse ante Dios él cambiaría, pero resultó en vano la fe que ella también tenía, de que su marido cambiase al recibir la bendición de Dios. Al contrario, los abusos siguieron y ella cada vez se sentía más pequeña y desprotegida. Intentó buscar apoyo. Y aunque ahora no podía salir huyendo y escapar de lo que vivía, hizo cuanto pudo para solucionar y cambiar su situación. Pidió apoyo a la familia de su esposo, pero le respondieron que “él es así porque la quiere”. Volvió a suplicar el apoyo de sus padres y de su familia, advirtiéndoles que su vida estaba en peligro, que él la iba a matar, pero le dijeron que ella ya estaba casada, que no podían intervenir en nada, que ya era “harina de otro costal”.

Como vemos, en ambos casos la solución que le proponían era aceptar lo que vivía, resignarse. Pero esa idea estaba lejos de apaciguarla. Estaba convencida de que no podía ser así, de que el matrimonio podía ser diferente, sin embargo, esa lucha amainó sus fuerzas. Después de un tiempo y al estar

embarazada de su segunda bebé, con siete meses, ya cansada del dolor y, sobre todo de ver que los abusos se extendían en contra de su primera hija, decidió quitarse la vida. Su alma ya no tenía fuerzas para seguir, así que entró en desesperación. Tomó veneno, pero no hizo el efecto que ella esperaba. ¡Cuán lastimada estaba para haber tomado esa decisión!

Luego de este suceso y ante los innumerables problemas económicos, su marido optó por irse a los EE. UU. Se fue prometiéndole que nada le iba a faltar, que no tendría que volver a trabajar. Y, aunque parezca increíble, seguía ejerciendo su poder de control incluso desde la distancia: la llamaba todos los días y a todas horas para preguntarle dónde y con quién estaba, y llegó al punto de usar a su familia para vigilarla. La distancia, definitivamente, no había supuesto para ella librarse de toda la violencia y dolor que ese hombre le propinaba.

Tiempo después de la partida del esposo, ella concluyó que debía buscar un empleo. El dinero que le

mandaba era muy poco y, para colmo, lo mandaba a nombre de su suegra, lo que implicaba total desconfianza en ella. Encontró uno en una hacienda, cuidando animales. El tiempo que pasó allí fue muy glorioso, se sentía libre y con el dinero que ganaba podía mantener a sus hijas, no tenía necesidad del dinero de su esposo. Por esas épocas, llegó un nuevo empleado a la hacienda, con quien empezó a relacionarse. Poco a poco fue conociéndolo, al principio no le llamaba la atención, pero las cosas fueron cambiando hasta que una noche él le declaró su amor. Ella lo aceptó y entonces empezaron a salir juntos y a forjarse ilusiones de una vida como pareja. La relación avanzó a más hasta que ella resultó embarazada de su última niña. En el afán de cambiar su vida y darle un nuevo giro, intentó varias veces consumir el divorcio sin éxito, pero eso no fue lo peor.

Su expareja, al enterarse de su embarazo, regresó inmediatamente al país para tratar de interrumpir su embarazo. La llevó a varios doctores

para que le practicasen un aborto y, no conforme con eso, la golpeaba brutalmente en el vientre, le obligaba a hacer tareas que implicaban mucha fuerza física y la intimidaba constantemente. Ella no quería perder a su bebé, menos en esas circunstancias, así que en uno de los terribles episodios de violencia y en su último intento de sobrevivir y salvar la vida de su vientre, aceptó el apoyo de la ginecóloga que la revisaba. Era evidente que estaba siendo maltratada, que buscaba una salida, y la doctora sintió que ella podía brindarle la mano que estaba necesitando. Nada fue más gratificante que el saber que finalmente alguien escuchaba su súplica.

Lo que recuerda de ese momento es que estaba tirada en el suelo, llena de sangre, que se paró, agarró a sus dos pequeñas y, sin pensarlo más, fue con la doctora. Lo que siguió es ir con ella a denunciar a su esposo por lo que le había hecho y, con apoyo de la policía, fue llevada a la casa de acogida María Amor junto con sus

hijas. Al poco tiempo de llegar dio a luz a su tercera bebé, de la cual el padre no sabía hasta ese momento. Con la fuerza que le daba la vida de su última hija, decidió olvidarse de su familia, iniciar una nueva vida lejos de todos, ya que nunca acudió a su llamado cuando ella buscó su apoyo.

Su nuevo proyecto de vida lo inició con mucho dolor en su corazón, por eso mismo, el proceso fue bastante difícil en un inicio, pero después de un año de estar ahí, se sentía fuerte, y con energía por salir adelante sola con sus niños, además que había dejado de lado el resentimiento que sentía contra los suyos. Ahora visita a su familia y trata de ayudarla para que su pensamiento cambie y para que las mujeres que la conforman sean respetadas y consideradas y no avancen al punto que ella llegó. Ya no ha hablado con su esposo, y cuando él la llama, ella solo le comunica con sus hijas, de todas formas es su padre y no puede alejarlas de su progenitor. Con respecto al papá de su tercera bebé, él se ha responsabilizado

económicamente, algo que significa mucho para ella, ya que criar a tres hijas no es cuestión sencilla.

En estos momentos su objetivo es ahorrar algo de dinero para poder irse a vivir en un departamento aparte, con sus niñas, y poder darles una mejor vida. Está muy agradecida con la Casa por todo el apoyo, porque fue el único sitio y las únicas personas que escucharon su clamor. Camila sabe que la única forma que tiene de demostrar su agradecimiento es poniendo en práctica todo lo que le enseñaron: amarse y ser una mujer empoderada de su vida. Desea que sus niñas aprendan lo mismo, pero sin necesidad de que la vida les enseñe con tanto dolor como a ella.

Lo que no me mata me hace más fuerte

Porque tomé la palabra.
 Porque inventé mi camino.
 Me llamas infiel.
 Otra vez soy la hereje.
 Nuevamente, la pecadora.

PATRICIA VERGARA

“A mí lo que no me mata me hace más fuerte”, es la frase favorita de María, con la que siente identificada y con la que desea presentarse y presentar la dura historia de su vida. María se califica como una mujer amante de la libertad, la música y los paisajes de su país de origen, lugar del cual ha debido huir. Desde aproximadamente un año reside en Ecuador porque no dispuso de otra alternativa: su vida peligraba en manos de su expareja, padre de sus hijos. ¿Dónde empezó todo?, ¿cuándo cambió su vida?

Los más remotos recuerdos de María se ubican en su lugar de origen, en donde sus ojos curiosos admiraban el cielo estrellado de diciembre. También se recuerda junto con sus amigos

y hermanos, pasando mañanas y tardes enteras en el mar, dejando que la corriente los guíe, comiendo camarones y los más deliciosos platos de mariscos que los seres humanos hubieran podido probar. Eran momentos de inocencia, de alegría, de tranquilidad. A María le brillan los ojos cuando habla de su país, cuando habla de su niñez y adolescencia y de estos momentos, cuando recuerda las viejas amistades con una pizca de nostalgia y humor. Por eso mismo, siempre rememora esa época de su vida con una anécdota graciosa en la punta de la lengua, incluso cuando debe relatar los momentos más difíciles de su vida. Es una prueba de que lo que le pasó no ha logrado amilanar su temple, su fortaleza.

Pero no todo fue siempre color de rosa ahí. Y si bien recuerda con cariño y agradecimiento infinito a su lugar de origen, no puede olvidar los episodios de todo tipo de violencia que también vivió por muchos años. Ciertamente, la

violencia estructural, directa y cultural es el pan de cada día en algunos barrios pobres de muchos países de América Latina, una realidad latente que afecta especialmente a muchas mujeres. En estos lugares podemos hallar gente caminando con cabezas de personas en la mano, balaceras constantes, casas agujereadas por esas balas, amenazas frecuentes, secuestros, extorsiones, desalojamientos forzados, matanzas a familias enteras y grupos armados. Cada barrio está gobernado por un grupo armado, gente sin corazón —como bien dicen las palabras de María— cada uno con un nombre característico, y que conoce exhaustivamente a todas las personas que residen por esos sitios. En sus propios términos, ellos “se hacen respetar” infundiendo miedo a la población. Su expareja formaba parte de uno de estos grupos, así que ya se puede intuir todo el drama que vivió cuando permaneció allí.

¿Y la policía dónde está? En estos barrios simplemente no hay ley, los policías se dejan sobornar o incluso,

en algunos casos, también participan en actos delictivos. Por eso mismo, estos grupos sacan de sus casas a las personas, matan a los que se niegan y nadie hace nada, nadie dice nada. Y como todos saben cómo están las cosas, que nada cambiará, se resignan a vivir de ese modo. María no deseó eso para ella. Asegura haber migrado de su país porque sabía que su sistema legal no iba a hacer nada por ella, así que debía defenderse por sí misma. A sabiendas de tantas noticias sobre femicidios que se veían o escuchaban a diario, y a sabiendas de que no había respuestas para esos casos, simplemente más preguntas y miedo, mucho miedo, asumió que debía encarar su drama con sus propias defensas.

Ese drama, curiosamente, inició un 9 de marzo de 2019, cuando se organizaba una celebración a las mujeres del barrio. María, emocionada, vistió sus mejores trajes y se hizo sus más originales y elaborados peinados en su hermoso cabello afro, no siempre había ocasiones como esas. Todo

andaba bien hasta que un par de copas demás, el consumo de sustancias y las sospechas infundadas, inundaron y nublaron la razón y el juicio de su expareja. En ese estado, llegó a golpearla brutalmente e intentó ahorcarla, y lo hubiera conseguido si no hubiera sido porque su hija mayor, a quien su padre tenía en mucha estima, armándose de valor, a pesar del miedo que sentía, lo agarró de los brazos y los retiró del cuello de su madre. Fueron momentos horribles tanto para ella como para sus hijos.

Cuando recuperó la consciencia, discernió que si no paraba eso a tiempo, se repetirían esos episodios y habría más violencia, entonces tomó a sus hijos y huyó rápidamente de ese sitio. No se quedó en eso. Aunque sabía que no tendría mucho éxito, también intentó poner la denuncia en la fiscalía, pero no se la tomaron, la justicia, como era costumbre en esos lares, parecía ignorar sus derechos. Indignada se lo comentó a una amiga y ella la impulsó a que acudiera a la prensa. Tomó en cuenta el consejo,

fue a los medios y eso le permitió ser atendida por el sistema jurídico, sin embargo, en el juicio, a pesar de la evidencia, no se le condenó a prisión a su agresor. María, indignada y frustrada, se preguntó varias veces ¿por qué no lo encarcelaron si había pruebas suficientes?, ¿de verdad era necesario mediatizar el caso para que la justicia la escuchara? Su consuelo fue que consiguió al menos que él le dé el permiso de salida del país para sus hijos.

El 15 de marzo María, valientemente, se movilizó a Ecuador llevando su historia en la maleta y a sus hijos en la mano. No era la primera vez que abandonaba su tierra, así que sabía que abandonar a sus seres queridos y a la tierra que la vio nacer no resultaba una experiencia fácil, menos aún el llegar a una ciudad en la que no conocía a nadie. En 2014 se vio obligada a salir en condición de refugiada porque su vida corría peligro. Los grupos armados la desalojaron de su casa y le dijeron que tenía 24 horas para irse o que la matarían, así de increíble era la situación que se vivía

en la Colombia de ese entonces¹. En esa época y sin tiempo para pensar ni organizar nada, debió dejar a sus hijos con su madre, pero al enterarse de que su expareja los encontró no dudó en volver. Temía mucho por ellos. “La violencia le deja a uno como con miedo, yo vivo con ese miedo”, acotó María.

Esta vez llegó a Esmeraldas y, debido a las condiciones en las que llegó, le tocó vivir un tiempo en la calle. La situación resultaba difícil algunos días más que otros; recuerda que a veces dormía en la calle, priorizaba las cobijas para los niños, tenían mucha hambre. Intentaba mostrarse fuerte ante ellos, pero lloraba a escondidas. La situación duró hasta cuando, un día, su hija tomó su celular y le escribió a su padre que viniera a verla. Al reclamarle por lo que había hecho, temerosa por la forma en que su expareja podría reaccionar,

la pequeña le contestó: “Le llamé a mi papá para que me lleve con él porque no quiero seguir durmiendo en la calle, quiero irme a mi casa”. La petición de su hija la afectó muchísimo porque bien sabía que no les estaba dando las mejores condiciones de vida, que sus hijos no se merecían estar en la calle. Pensando en voz alta, se decía a sí misma: “Por mis hijos yo hago lo que sea, dejo de ser chiquita y me vuelvo gigante”. Con el corazón roto, pero con sobrada valentía, abandonó la ciudad a probar suerte en otra parte, entonces Cuenca se tornó en una interesante opción.

Tras el paso por algunas organizaciones, llegó a la Casa María Amor, en donde residió algunos meses. Allí sus compañeras y psicólogos la apoyaron emocionalmente. Ahora ya es una mujer diferente. De hecho, si revisa todo, después de que salió de

¹ Los ciudadanos colombianos fueron desplazados por la cruenta guerra interna que se sostenía entre el Estado, durante la administración del expresidente Álvaro Uribe Vélez, y las guerrillas de las FARC, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Bandas Criminales (Bacrim) compuestas por disidentes de las antiguas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). La mayoría de los desplazados fueron a Ecuador. Los años de mayor desplazamiento fueron 2008 (17 466 refugiados) y 2009 (24 740 refugiados) con tendencia a la baja en el 2010 (7773 refugiados), en 2013 Ecuador alcanzó la cifra de 220 colombianos refugiados.

Colombia ha habido muchos cambios en su vida: su oficio de transformar cabellos despeinados en hermosas trenzas de creativas formas, las tardes de complicidad y risas con sus amigas de toda la vida, los platos típicos de mariscos que le llenaban el estómago y el alma. Pero también cambió su costumbre de caminar entre aires llenos de violencia y se despejó de esa preocupación constante de que su vida y la vida de los suyos estaban en peligro. A esa mujer diferente ya no la llaman ‘la maga’ por sus sortilegios con el cabello de las personas, si bien de cierta forma ha hecho magia al transformar su historia de vida en un acto de aprendizaje y reflexión profunda, y sigue haciendo magia cada día al levantarse y al luchar sin freno por un futuro menos incierto en mundo tan injusto.

En efecto, esa mujer, a pesar de los obstáculos que se le presentaron a lo largo de su vida para encontrar trabajo, y a pesar de la triple discriminación que sufre a diario por ser mujer, afro y extranjera, sigue conservando su

esencia, su amabilidad, su risa, sus ganas de salir adelante, así como el amor incondicional por sus hijos. Ese amor por la vida es digno de imitar y de aprender. Por eso justamente, María desea terminar su historia enviándoles este mensaje a las mujeres del mundo: “Hay un momento en que debemos decir ¡no más! No tenemos siete vidas, sino una. Nosotras no podemos vivir creyendo que por nuestros hijos debemos aguantar todo, golpes, malos tratos... Yo estuve a punto de que me mataran y tuve que decir ¡basta! Muertas no vamos a resolver nada, vivas al menos tenemos esperanzas”.

...

Cuentos de Niños y Niñas

...



En cada niño se debería poner un cartel
que dijera:

“Tratar con cuidado, contienen sueños”

MIRKO BADIALE

El medio mejor para hacer buenos a los
niños
es hacerlos felices.

OSCAR WILDE

A menos que enseñemos a los niños la
paz,
alguien más les enseñará la Violencia.

COLMAN MCCARTHY



Ana y el zorro

Había una vez una niña llamada Ana a la que le gustaba pasear por bellos paisajes. Le gustaban los lugares diferentes, no le atraía lo común, porque le fascinaba contemplar su belleza y singularidad, lo que llamara mucho la atención, pues ese aire se asemejaba a su naturaleza, la que había heredado de sus padres. En esos paisajes, lo que más le interesaba eran los animales.

En una de sus tantas aventuras, mientras caminaba y caminaba, se encontró con unos curiosos animales: un conejo blanco como la nieve y un zorro que tenía una mancha de color tomate. Los animales se apegaron inmediatamente a ella y pronto comenzaron a jugar juntos. Ella se sentía inmensamente feliz de estar allí, acariciando sus pelajes y viéndolos tan amistosos con ella. Sin embargo, a pesar de verlos jugar de ese modo, Ana pudo observar que algo no estaba bien con el zorro.

Mientras se hacían compañía en el camino, la niña le preguntó al zorro:

—¿Qué te pasa? No pareces estar bien.

El animal, tímidamente, se animó a responder con tono melancólico:

— ¡Es mi mancha! Muchas veces, cuando los otros animales la ven, me confunden con un perro y mis compañeros se burlan de mí. Eso me pone muy triste.

Ana lo miró detenidamente durante unos segundos y le dijo:

—¿En verdad eso dicen? ¡No puedo creerlo!

Pero tú, no te sientas mal por tu mancha. Eres diferente al resto, ¿no te das cuenta? Eso justamente te convierte en especial y lindo. Nadie es como tú.

El zorro, con los ojos lagrimosos y con la mirada enternecida devolvió la mirada a la niña con emoción. ¡Era un ser diferente, no un fenómeno raro!

Y con esa idea en mente, aprendió a sentirse bien consigo mismo y frente a los demás.

A partir de ese momento los tres se volvieron muy amigos y siguieron caminando juntos, descubriendo cuevas, conociendo plantas y, sobre todo, contándose y aplacando todas sus penas.



La melena del león

En un bosque muy apartado, más allá de todos los bosques conocidos por los niños, vivía un león que lucía una melena muy hermosa, parduzca, lacia, brillante. Aparte de eso, se distinguía por su rugido, más fuerte que el de los demás. Solía caminar mostrando presuntuosamente su melena a todos los habitantes del bosque al tiempo que rugía henchido de orgullo. Todos le profesaban un miedo mezclado con admiración.

Pero ocurrió que un día, cuando todos dormían, un cazador le cortó su melena. Cuando los demás animales lo vieron así, comenzaron a burlarse de él. Le preguntaban que a quién se quería parecer, que si podía seguir rugiendo, que si ya no quería ser un león, que de qué se enorgullecería ahora... luego venían las risas, y hasta intentaron regalarle melenas falsas, hechas de enredaderas y hasta algunas hechas de excrementos. El león estaba pasándola muy mal, había perdido la fuente de su orgullo

y el respeto de muchos animales del bosque.

Un día se encontró con un tigre, que al verlo tan cabizbajo le dijo:

—¿Por qué estás tan triste león?

El animal, cabizbajo, intentando ocultar su rostro y en un acto de sinceramiento, le respondió:

—Tengo mucha pena de mi hermosa melena. Y no solo eso, soy el hazmerreír del bosque, muchos se burlan de mí. ¡Siento que no puedo con esto!

—No te dejes engañar, león, tu melena pronto crecerá, ¡así que deja esa tristeza y vamos a pasear! — le respondió el sabio tigre— ¿Que se burlan de ti? No hagas caso de eso, ¡sigues siendo el mismo! Haz perdido tu melena, no tu fuerza ni los sentimientos de tu corazón. ¿Acaso no es así?

El león se sintió reconfortado porque el tigre no se había burlado de él y porque juzgó que el animal tenía mucha razón. Ya había visto cómo a los cachorros del bosque les iba

creciendo la melena incluso luego de haberla perdido en algún juego o forcejeo. Y así pasó. Con el transcurrir de las semanas, le volvió a crecer la melena, igual de majestuosa que antes. Pero esta vez le restó importancia a esa parte de su cuerpo, ya no la lucía por los bosques como en otros momentos. Al fin entendió que, con ella o sin ella, él seguiría siendo el mismo y tendría amigos que lo quieran, así, de ese modo.



Los poderes de Elsa

La vida de Elsa se alteró cuando supo que su madre había enfermado y, lo que era peor, que no conseguían la medicina que podía salvarla. Entonces y en su angustia, emprendió una travesía para hallar la cura que devolvería la salud a su mamá. No le importaba a dónde ir, ni qué precio debía pagar, estaba dispuesta a todo.

En el camino debía atravesar un puente mágico. Un elfo, al ver que la pequeña pretendía cruzarlo, se le adelantó, impidió su paso, y le increpó desafiante:

—Si deseas cruzar por aquí, primero debes resolver un acertijo.

Afortunadamente, Elsa adivinó y cruzó al otro lado. Allí concluyó que había sido provista del poder de resolver semejantes enigmas sin mayor problema. Continuó su camino, llena de sufrimiento.

Más adelante se encontró con una cueva muy oscura y apartada. Había

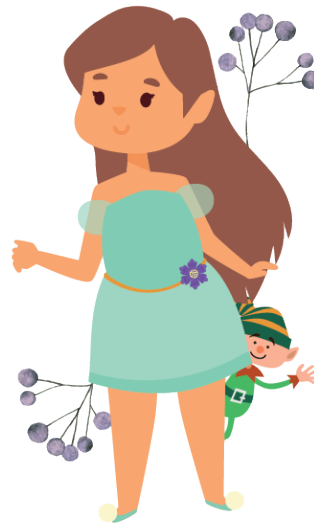
muchas plantas a su alrededor, telarañas, así que parecía que no había sido visitada hace mucho tiempo. Sintió mucho temor. Sin embargo, debía entrar, era posible que en su interior pudiese hallar la medicina que andaba buscando, ¡no podía descartar esa idea! Y luego de vacilar entre la idea de entrar y el miedo, finalmente ingresó.

Una vez en el lugar, vio que alguien más rondaba por allí: era Duki. Apenas lo miró, sintió cierta complicidad, perdió el miedo, ya que parecía inofensivo, y se hicieron amigos. Ella, alentada por la confianza, le contó por qué se había metido en ese lugar. Duki reparó perfectamente en lo que pasaba y convino en ayudarla. Él conocía la medicina y gustoso aceptó acompañar a la niña donde su madre, pero había vivido tanto tiempo en la cueva que no sabía cómo salir de allí. La alegría de Elsa se transformó en incertidumbre.

De pronto, sucedió algo maravilloso. Con la amistad de Duki, Elsa había comenzado a brillar por dentro y por fuera, su segundo poder, y con esa luz pudieron salir de la cueva oscura. Ya afuera, descubrieron que había una montaña muuuy alta. Creyeron que sería un obstáculo y que ya no podrían ir donde la mamá enferma, pero en ese momento Elsa descubrió su tercer y último poder: podía volar. Y así, de pronto, ante su deseo profundo de apartarse con la mayor prisa posible de allí, sentía como poco a poco le iban creciendo alas de mariposa, y su propio cuerpo, como por inercia, comenzó a batir estos nuevos miembros de su cuerpo y a levantarse en vuelo. ¡La sensación que experimentaba era maravillosa!

Rápidamente percibió cómo debía obrar. Cargó a Duki, circundó la montaña, dejó atrás la cueva, el puente que cruzó, y voló a la casa de su madre. Nunca le faltó el aliento, volaba como una vieja águila, conocedora de los avatares del viaje, escapando de otras aves, escabullendo los aires

densos, sin dejarse seducir por las vistas que el cielo abría para ella. Llegaron. Con el poder curativo que tenía Duki, pudo sanar a su madre. Elsa, satisfecha, tomando la mano de su madre aliviada, reflexionaba que había aprendido mucho de su experiencia. Ahora sabía que nada era imposible si se trataba de salvar a los suyos, que la vida nos regalaba poderes extras si estábamos por desfallecer, y que nunca estábamos solos para enfrentar los problemas, todos podríamos contar con un amigo.



La rosa y la niña

Había una niña a quien le gustaban mucho las flores. Tenía un jardín inmenso y su deseo era contar con todos los tipos de flores conocidos por los humanos. Siempre viajaba por diversos lugares en busca de flores para su jardín. Incluso las personas que la conocía y que había viajado solía traerle especies raras que habían encontrado en sus caminos de regreso. ¡Nadie como ella para hacerlas florecer!

Una mañana la pequeña salió a recoger flores y escuchó una voz que le decía:

—¡Hola niña!, ¡qué linda eres!

Miró a su alrededor en busca de la persona que le había hablado, pero no encontró a nadie. Sabía que estaba sola, pero también sabía que no estaba engañada, que había oído que alguien se dirigía a ella. Entonces, de nuevo la misma voz:

—¡Hola niña!, ¡qué linda eres!

Ella se asustó y quedó impactada porque estaba segura de que una

flor le había hablado. No sabía qué responder. Poco a poco se fue tranquilizando, y se dispuso a devolverle el saludo y el pipopo a la planta:

—¡Hola, hermosa planta!

Incrédula y emocionada, intentó prolongar la conversación.

—¿Deseas ser amiga?, ¿por eso me has hablado?

—Sí —la escuchó responder con timidez— En realidad deseaba conversar contigo desde hace tiempo ya, pero me cohibía. Sabes, he visto cómo nos cuidas, con cuánto amor, y cómo has llenado este sitio con mis hermanas. Aquí, contigo, sabemos que estamos seguras.

La niña se sintió emocionada. Tanto quería a sus matas, a sus flores, que no podía creer que la vida le regalara, además de su belleza y aroma, su compañía, el poder conversar con ellas. Y, aunque de muchas formas ya sabía lo que sus plantas necesitaban —cuándo regarlas, cuándo ponerlas

al sol, cuánto disfrutaban de escucharla—, saber que había algo más profundo entre ellas le resultaba grandioso. Desde ese día, la planta que se atrevió a hablar y ella fueron muy buenas amigas, nunca se separaron. Y ese día ella comprendió que había sido recompensada por el profundo amor que le había puesto a lo que estaba haciendo.



El sapo azul

Había una vez una familia muy grande, no solamente vivían los padres con sus cinco hijos, sino que también estaban acompañados de los abuelos. De igual forma, daban cobijo a varios animalitos, algunos para el sustento como las gallinas, ovejas y cerdos, pero el principal era el gato, mascota de todos los niños de la casa y también muy mimado por los abuelos. Cada niño vivía su propia ilusión, uno deseaba convertirse en un viajador interplanetario, el otro quería ser recolector de piedras redondas, otra anhelaba descubrir plantas raras, y estaba Elsa, la niña menor que había crecido escuchando los sueños de los suyos.

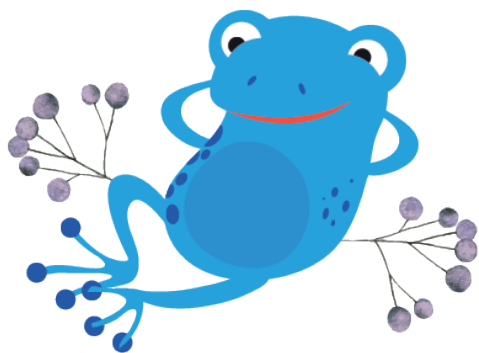
Elsa también tenía una ilusión y un día salió a buscarla: un sapo azul. Lo primero que recordaba de su pasado era ella mirando a los sapos que rodeaban la fuente a la que frecuentaban los abuelos cada tarde, pero no eran como los otros sapos, estos eran azules. Tocada por el

recuerdo que la perturbaba de tarde en tarde, emocionada por la idea de volver a ver a esos animalitos, se aventuró y partió en su búsqueda, sin imaginar lo arriesgado de su reto.

Salió a capturar su ilusión. En el trayecto encontró un sapo pequeño muy parecido al de sus recuerdos, muy bello, pero era de otro color. Como a ella le gustaban los sapos azules, lo dejó ir y siguió caminando. Algún tiempo después encontró unas tijeras para recortar, eran azuladas como el cielo y con brillo único, pero no las quiso tomar, porque no era eso lo que andaba buscando. En su andar también halló una goma que servía para pegar las hojas que se le habían caído a las plantas y, aunque era un hallazgo fabuloso, no la quiso tomar porque lo que buscaba era al sapo azul.

Así fueron pasando los días. Luego de tanto andar y buscar, un día, Elsa se topó con un sapo azul muy grande.

Estaba muy cerca de un estanque, muy parecido al que sus sueños la llevaban, y más allá observó a unos abuelos que iban de la mano de una niña pequeña. Entonces comprendió todo. Los sapos azules eran los regalos de los más grandes de la familia a los más pequeños, pero no era posible llevarlos consigo porque la magia y el secreto del regalo era volver a la fuente. Se acercó al inmenso sapo azul, él se dejó acariciar, y se hicieron amigos para siempre. Ella volvería por él, se acordaba de la ruta tomada, y sabía que repitiendo ese rito, nunca perdería la inocencia y sabiduría que le daban sus mayores por medio de ese animal azul.



Moana y Sammy

Había una vez una niña que se llamaba Moana. Ella tenía una amiga que se llamaba Sammy. Ambas asistían a terapia, estaban hermanadas por las dificultades que les había tocado atravesar en su corta vida. Se hicieron amigas apenas se vieron, era como si hubieran podido ver las heridas de la otra a través de sus ojos tristes. Se sabían amigas, cómplices, casi hermanas de alegrías e infortunios.

En una ocasión, la mamá de Moana fue a retirarla y Sammy se puso muy triste porque ella no tenía mamá. Era el mismo sentimiento que la estremecía las pocas veces que iba a los parques, o en la escuela, cuando veía a los niños despedidos por el beso de esa mujer a la que tanto parecían importar. Pero ese día sintió una emoción más fuerte, algo que se parecía al dolor. Veía a su amiga y veía en sus ojos la seguridad que la compañía de la mujer le brindaba y veía en sí misma el sentimiento de orfandad. Así que decidió que ella también tendría una madre.

La idea que se le ocurrió era buscar oro para tener una gran familia. Luego le contó el plan a su amiga quien, muy resuelta, ofreció ayudarla en tal empresa. Las dos amigas fueron en búsqueda del tesoro. Llevaban consigo algunas golosinas y frutas que habían logrado recaudar en sus casas. El camino no fue fácil como habrían pensado, se peleaban mucho, se decían cosas feas, se peleaban por las golosinas y la comida que tenían o por el camino que debían seguir, parecía que no podían llegar a acuerdo alguno. Sin éxito en la tarea, y con cierto resentimiento, debieron volver a casa ese día.

En la siguiente terapia aprendieron que lo que había pasado entre ellas estaba mal. Por eso, cuando volvieron a reemprender la búsqueda del tesoro, iban con una actitud muy diferente. Esta vez, aprovechando un momento de descanso, luego de haber caminado muy silenciosas, y teniendo como testigo a una hermosa ardilla que

encontraron en el camino, se pidieron disculpas y se abrazaron. Habían advertido que estaban repitiendo las mismas escenas que tantos llantos les provocaron, y habían acordado que no querían continuar en lo mismo.

Después del abrazo y la reconciliación, finalmente encontraron el oro, y Sammy sabía que con ello podía cumplir su sueño. Así sucedió, pero nunca imaginaron de qué manera: la mamá de Moana, que sabía por su hija lo que la pequeña estaba intentando, decidió convertirse en la mamá de Sammy. Cuando lo supieron ambas niñas, no podían estar más felices: ahora no solo eran amigas, también eran hermanas. Y las dos, que podían mirar y hablar entre sí usando sus ojos, entendieron el valor del perdón, del abrazo, de la reconciliación, porque ese fue el secreto que las condujo al tesoro.



Los hermanos sapos

En un estanque junto a la playa, habitaba un largo tiempo ya un sapo con una piel muy brillante, vivía junto con su hermano al que quería mucho. Sus padres los habían dejado en ese lugar porque confiaban en que era un sitio seguro, alejado de la mano humana, a lo que se añadía otra ventaja, les quedaba muy cerca del río, así que podían ir y volver por si les faltaba alimento. Ambos se ayudaban en todo. Pasaban el día descansando bajo el sol y croando al llegar la noche.

Un día las cosas cambiaron: alguien se robó al sapo menor. El mayor se sintió muy triste y se escondió por varios días. Tenía mucho miedo de ser atrapado y llevado lejos del único hogar que conocía, así como de lo que podría haberle sucedido a su pequeño pariente. También sentía dolor, nada lo alegraba y no sabía cómo vivir en el mismo lugar de siempre sin la compañía de su hermano.

Un día, un cordero que estaba cantando y brincando de alegría se

encontró con el sapo triste. Lo invitó a pasear por el bosque. El sapo aceptó de mala gana y por la insistencia con que el animal le había propuesto. Le costó mucho no solo por lo afligido que estaba, sino porque no era su costumbre alejarse de los lugares por los que había transitado toda su vida. En la caminata encontraron a otro sapo que parecía vagar desorientado. ¡Cuál no sería la sorpresa del sapo cuando, al ir por él, descubrieron que era el hermano sapo que fue robado!

Al reconocerse, ambos brincaron de alegría, se abrazaron, croaron fuertemente. Desde ese día el hermano mayor cuidaba con más sigilo a su hermano para evitar que el robo volviese a ocurrir. Fueron felices por algunos años junto al cordero, con quien compartieron muchos momentos desde aquel día; él les enseñó a zapatear y muchos secretos del bosque que ellos desconocían. Un día el cordero les dijo:

—Es hora de regresar a Loja, de donde yo soy, no se olviden de mí.

—¿De verdad tienes que irte?, ¿acaso no estás bien aquí? —indagó el mayor—

—Aquí ya hemos visitado todos los sitios...yo extraño mi tierra, tiene muchos rincones bonitos que yo conozco y otros que deseo conocer; de verdad, deseo volver. Si ustedes desean, ¡podría acompañarme!

—¿En serio nos llevarías contigo, cordero? —preguntó inquieto el menor.

Ansiosos, los sapitos acordaron que también querían ir a la misma ciudad que el cordero, ya habían habitado suficiente tiempo en el estanque y ya habían paseado por todos los lugares posibles que circundaban al bosque y al río. Era hora de tomar nuevos rumbos, y hubo otra razón: les era difícil imaginar el futuro sin su amigo, el que les había devuelto la alegría y quien había alimentado su curiosidad. Partieron juntos, como una familia, apoyándose, y así fueron felices por millones y millones de años.



La fórmula de la felicidad

El pueblo celebraba sus fiestas de cantonización. Por doquier abundaban las ruletas, los juegos mecánicos, las vendedoras de manzanas acarameladas y algodón de azúcar, así como otras artesanías para los turistas. En medio de todo el bullicio, se destacaba un lugar porque abundaba el gentío. Al aproximarse, lo que se descubría era un grupo de niños divirtiéndose con retos que proponía el animador, los desafíos eran interesantes, he ahí la atención que concitaban.

El siguiente juego que inició el animador era efectuar preguntas de grandes a los más pequeños. La idea era reírse de la ingenuidad que sobrevendría con sus respuestas. Luego de preguntarles por personajes conocidos del barrio, por los presidentes del mundo o por los precios de algunos alimentos, llegó la gran interrogante:

—Niños, ¿quién me contesta a esta? —y prosiguió a leer su tarjeta de apuntes—

“¿Cuándo un hombre es feliz?”

Alzó la mano un pequeño, tendría entre 5 o 6 años. Con confianza se dirigió al micrófono, lo tomó en sus manos y respondió con fuerza:

—Un hombre vive feliz cuando es amable con su mujer y su hijo.

La gente cambió la algarabía por el silencio. Hubo muchas cabezas agachadas, y hombres que no sabían a dónde mirar. La respuesta del niño no era ingenua ni divertida, era, más bien, un deseo plasmado en una simple y tajante afirmación. ¡La fórmula de la felicidad era tan sencilla, bastaba con tan solo eso!



El encuentro de Nakelt

Había una vez un chico llamado Nakelt. Algunas semanas atrás había terminado el bachillerato y no sabía muy bien cómo encarar su futuro. Si bien tenía muchos planes en mente, estaba bastante indeciso. Su familia esperaba todo de él y no estaba seguro de cómo podría responder.

Un día, caminando solo por la calle, en medio de su paseo se encontró con una mujer. Se llamaba Tes y andaba tan sola como él. Se miraron, se sonrieron, intuyeron que buscaban compañía, y se acercaron. Tes era una mujer pequeña de estatura, bonita, llevaba una camiseta, como si no hubiera tenido tiempo para equiparse y salir a caminar a esas horas; lucía también unos ojos entristecidos. Nakelt se dio cuenta de que tenía frío y le prestó su chaqueta. Ese fue el pretexto perfecto para que comenzaran a hablarse; iniciaron aludiendo al tiempo, luego a los beneficios de la oscuridad nocturna y, según avanzaban las

horas, se adentraron en temas más profundos.

El joven, animado por la confianza y la prestancia de la mujer, le contó su historia de vida y el debate en el que se hallaba en ese momento. Ella escuchaba con atención y curiosidad. En eso, apareció súbitamente un hombre colorado, le reclamó por qué estaba con la mujer, y luego profirió palabras fuertes, insultos y comenzó a pelear con la mujer. Tes no sabía muy bien cómo actuar, entonces comenzó a pedir auxilio, pero era muy noche, las calles estaban prácticamente vacías, así que nadie lo escuchaba. Siguió insistiendo ante la enorme fuerza y furia que tenía el desconocido, que estaba prácticamente incontrolable. Entonces una persona, que dijo llamarse Sony, apareció como un milagro, había logrado oírlos y los pudo socorrer. Entre ambos pudieron defender a la mujer y ahuyentar al hombre.

Nakelt quedó herido. Mientras se miraba las huellas de los golpes y agradecía a Sony por el apoyo, Tes desapareció sin decirles nada. Se quedó sin palabras, sin explicar muchas de las cosas que habían pasado. ¿Por qué la golpeaba?, ¿por qué con esa fuerza?, ¿por qué la violencia seguía siendo un medio para solucionar disputas? En ese discurrir, la noche se fue oscureciendo más. A su indecisión, se sumaban otras, lidiar con la vida y sus terribles paradojas.



La chica, su padre y el príncipe

Había una vez una chica a la que le gustaba cantar y bailar. Desde niña tomaba los micrófonos y simulaba estar en un escenario dirigiéndose a la gente que la aplaudía. Su padre, que la incitó a sus primeros pasos por el baile, solía hablar de ella con orgullo por su inmensa destreza que tenía para moverse. Padre e hija solían cantar al ritmo de la guitarra en el balcón acompañados por la madre, la inmensa luna y el sonido de los grillos. La niña fue creciendo al ritmo del sonido de los acordes.

Un día, ya adolescente, se fue a una fiesta con sus amigas y conoció a un chico, el hombre más maravilloso que había visto en su vida. Era un príncipe, un verdadero ‘príncipe azul’ para ella. El encuentro fue mágico. A él como a ella le gustaba bailar y cantar. Juntos danzaron por las pistas al mismo ritmo, con los mismos movimientos y gestos, como si se hubieran conocido desde siempre.

Avanzada la noche, se encaminaron al castillo del príncipe. Arreció la lluvia, por lo que la chica tuvo que buscar un resguardo, lo que la alejó de su príncipe. En el sitio escogido, para sorpresa de ella, la encontró un muchacho que la venía rondando desde hace un tiempo porque, aseguraba, estaba enamorado de ella. Al parecer la había visto con el chico y los había seguido. Cegado por la incredulidad, celos y rabia, reaccionó de la peor manera. La llevó del sitio a un lugar desconocido y allí la encerró. Horas más tarde también encerró al padre de la chica en el mismo lugar.

La muchacha, en compañía de su padre, se sentía menos temerosa, pero igualmente angustiada. Intentaron abrir la puerta, pero ninguno de los dos pudo porque estaba con llave y muy bien sellada; no había ventanas ni entrevieron otra posibilidad de escape. Desconocían cuáles eran las intenciones del agresor, no sabían a

qué atenerse, y eso incrementada su preocupación. De pronto, sintieron ruidos afuera, algo estaba pasando. Todo fue sorpresa y alegría cuando escucharon que quien venía a socorrerlos, era el Príncipe Azul.

Al no encontrar a la chica, se preocupó mucho e indagó por todo el lugar. Se sentía responsable por no haber corrido a su lado y por haberla perdido de vista. Cuando la buscaba cerca de los matorrales, pudo ver cómo el hombre se la llevaba, lo siguió y vio donde la encerró. Intentó rescatarla, pero estaba empapado, sin energía y sin ningún medio para abrir las cerraduras, así que volvió a su casa por ayuda y herramientas. Mientras forcejeaba y abría la puerta para rescatar a los encerrados, llegó el hombre, lo empujó y le pateó la mano. La chica, que contemplaba horrorizada lo que pasaba, instintivamente se lanzó a participar de la pelea. Y así, entre ella y el príncipe arrojaron al agresor por la ventana y quedaron libres. Así, ella pudo irse junto a su padre. En el trayecto de regreso a su

casa iba pensando que realmente había encontrado a un Príncipe Azul que, cual héroe, la había salvado de su agresor. A esos hombres que la habían protegido ella les seguiría cantando y bailando por horas sin fin.



La oveja y el gato

Una ovejita vivía muy feliz con su lana en una hermosa granja junto a muchos de sus amigos de rebaño y a otros animales. A diferencia de los demás, ella cuidaba mucho su lana: no se daba mucho al sol, evitaba mancharse en los charcos, esquivaba las púas para impedir que la desgarrasen. Sus amigos la contemplaban con ternura. Intentaron explicarle que pronto se llevarían su lana y que carecía de sentido tanto cuidado del pelaje, pero la pequeña hacía caso omiso de esas advertencias.

Llegó el día en el que, como ocurría con todas las ovejas del rebaño, debieron quitarle la lana. Asustada por lo que iba a ocurrir, miraba a todos lados esperando ser salvada de semejante momento. Nada ocurrió. El humano trasquiló su lana y la tomó sin más, sin detenerse a pensar en lo que eso significaba para ella. Desnuda, sin lo más valioso que poseía, regresó a

la granja. Cuando la vieron los demás animales, se convirtió en el centro de burla de todos por su aspecto. Ella se sintió muy acongojada por eso y por el dolor que sentía al recordar cómo había sido ultrajada; en cambio los demás recordaban que le habían advertido lo que iba a pasar.

El verla en un rincón, sin jugar, separada del rebaño, concitó la atención del gato de la granja. Se le acercó y, muy resuelto, le preguntó dispuesto a ayudarla:

—¿Qué te pasa, oveja?

—Es que me han sacado toda mi lana.

—¿Y te has puesto triste por eso?

—expresó el gato con una sonrisa incrédula—

—Claro que sí. A mí me gustaba mucho mi lana, la cuidé tanto, y no puedo aceptar que el humano tenga que llevársela.

—¡Pero te va a volver a crecer!

El gato, sin más preguntas se alejó sonriente de la oveja. No se estaba burlando como los demás, simplemente no podía explicarle en otros términos cómo funcionaba el mundo en la granja.



Mi voz, mi historia

ISBN: 978-9942-8847-0-1



9 789942 884701